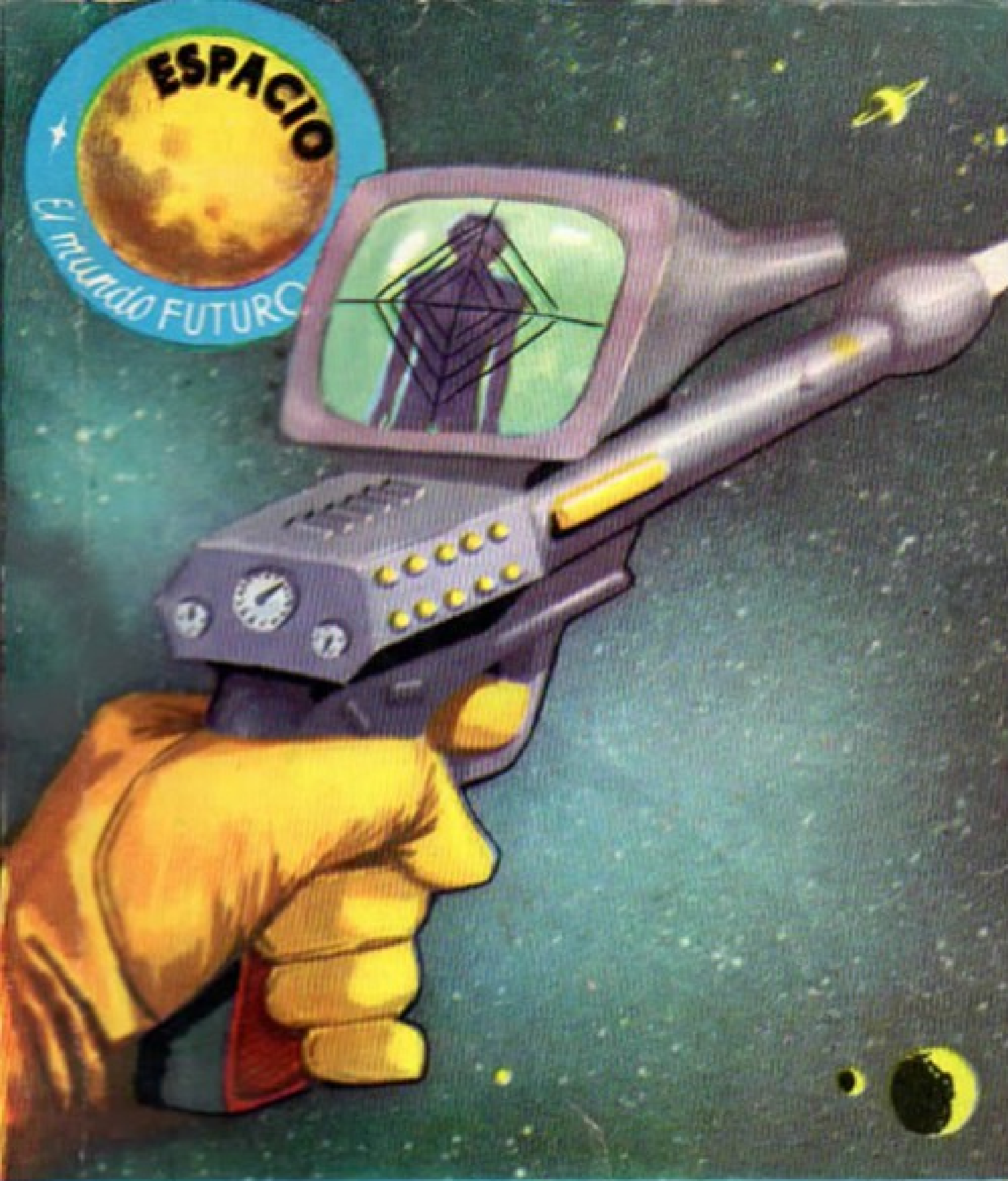


CRONOPOLICÍA

CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

CRONOPOLICÍA

© Ediciones TORAY, S. A. – 1960

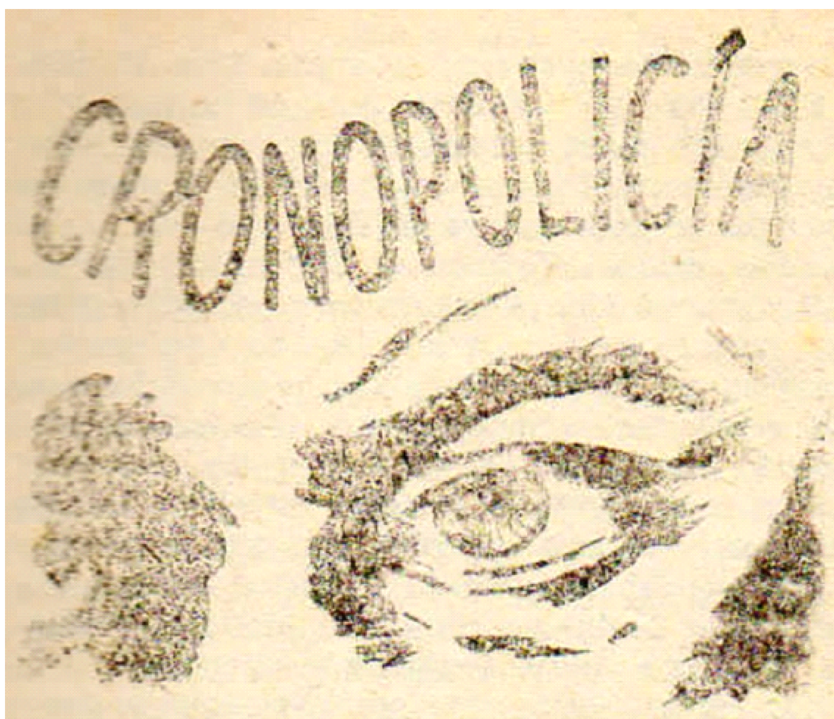
Depósito Legal: B - 15.361 - 1960

Núm. de Registro: 5232 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

E

l asesino tenía una pistola en la mano.

El arma, sin embargo, no era del tipo convencional que todos conocemos por dibujos, fotografías o... ¡hum! por la práctica. Era una pistola muy distinta de las corrientes.

Tanto que casi podía decirse que sólo tenía de pistola el nombre. Pero su forma era de lo más extraño que uno pueda imaginarse. Naturalmente, tenía cañón, gatillo, protegido por la correspondiente guarda, y culata. Pero el resto del arma era algo totalmente revolucionario.

En primer lugar, carecía de punto de mira. Éste había sido sustituido por una diminuta pantalla de televisión, de unos seis centímetros por ocho, cuyo tubo de rayos catódicos,

convenientemente protegido por una camisa del mismo metal de que estaba construida el arma, se prolongaba en disminución, a manera de embudo, hasta casi alcanzar la boca de la pistola, formando como una especie de segundo cañón por encima del que servía para lanzar los proyectiles. La pantalla tenía en su vidrio deslustrado dos rayas, una vertical y otra horizontal, que se cruzaban exactamente en el centro del pequeño cuadrilátero. La intersección de las dos rayas señalaba el lugar a donde apuntaba el tirador.

A la derecha tenía siete pequeños botones escaqueados en dos hileras. Cada botón significaba una fracción de tiempo. El primero servía para los segundos y el último para los siglos. La tabla donde se hallaban encastrados los botones quedaba justamente por encima de la mano cuando ésta sujetaba el arma por la culata.

A la izquierda de la culata tenía un botón. Éste servía para poner en funcionamiento la mira televisora.

Detrás de ella mostraba una pequeña plataforma, con siete indicadores de medio centímetro de ancho por uno de largo, colocados en hilera, de tal modo que el primero estaba situado inmediatamente debajo de la pantalla televisora y el resto continuaba en hilera hasta finalizar la plataforma. En cada uno de los indicadores podía verse una cifra.

El asesino tenía la pistola en la mano.

Se hallaba solo en una habitación. La habitación estaba sencillamente amueblada, pero no faltaba ninguna comodidad en ella. Dos de sus lados eran completamente de vidrio polarizable, es decir que se podía hacer transparente u opaco a voluntad, según se desease ver o no ser visto e incluso, graduar la intensidad de la transparencia, de modo que sólo penetrasen en ella los rayos vivificantes del sol.

Había también una mesa, dos o tres cómodos sillones y algunas sillas, un pequeño bar en una esquina, un televisor recreativo, un fonovisor para las comunicaciones y un lecho y un armario empotrables, que en aquellos momentos no se veían, pues se hallaban escondidos en la pared del cuarto, en sus respectivos alvéolos.

En el momento actual, el asesino tenía opacados los vidrios y cerrada la puerta de acceso a la estancia. Estaba cómodamente

sentado en un confortable sillón y se hallaba dispuesto a utilizar la pistola en caso necesario.

Oprimió el botón de la izquierda y al instante se iluminó la mira televisora y los indicadores numerales. Acto seguido empezó a maniobrar en los botones de la derecha.

Pulsó primero el correspondiente a los siglos, manteniendo la presión constantemente. Una serie de cifras empezó a correr lentamente en el indicador. Cuando el número veinte apareció en el centro del mismo, el asesino soltó el botón. El número 20 quedó fijo, destacando en negro bajo la débil luminosidad del indicador. El asesino apuntaba al siglo XX.

Acto seguido pulsó el botón de los años. Cuando vio el número 87 lo dejó en el indicador.

El botón de los meses señaló el número 8. El de los días, el 24. El de las horas, el 17. El de los minutos, el 43. El de los segundos, el 3.

El arma estaba ya lista para funcionar.

El asesino consultó su reloj. Ya faltaba poco para poder oprimir el gatillo.

Su reloj era de alta precisión. Los ojos del asesino siguieron la marcha de la manecilla indicadora de los segundos.

Cuando sólo faltaban treinta de estas fracciones para la hora del crimen, levantó la vista, fijándola en la pantalla.

Un hombre apareció en ella. Caminaba tranquilamente, en medio de una multitud de gente que iba y venía a sus ocupaciones. En la mano izquierda llevaba doblado un periódico, evidentemente una de las primeras ediciones vespertinas.

El asesino manejó el mando telescópico del visor de puntería. La imagen del individuo se agrandó enormemente, hasta que sólo quedó su busto en la pantalla.

La manecilla de los segundos corrió velozmente. El asesino movió ligeramente la pistola, centrando la mira de la pantalla sobre el pecho del individuo.

El segundo número tres llegó. Entonces el dedo del asesino oprimió el gatillo. La bala partió hacia su mortífero viaje.

No hubo estampidos ni fogonazos, ni siquiera el menor siseo. Todo se produjo en el más absoluto silencio.

A continuación, el asesino, muy satisfecho, se levantó. Escondió

la pistola y se dirigió hacia la puerta, saliendo de la habitación.

Podía estar satisfecho de su obra. Había matado a un hombre que había vivido nueve siglos antes.

* * *

A las 17 horas (las cinco de la tarde), 43 minutos y 3 segundos del día 24 de agosto del año 87 del siglo veinte, murió un hombre en la Quinta Avenida de Nueva York.

La víctima caminaba tranquilamente, con un periódico todavía húmedo de tinta en las manos. Iba confundido con el resto de la muchedumbre, como un trabajador más, manual o intelectual, de los millones que atestan Nueva York. Su ropa era corriente, lo mismo que su aspecto, a excepción de un detalle no perceptible a simple vista.

De pronto lanzó un grito ahogado y se llevó ambas manos al pecho, sin soltar el periódico. Las oleadas de gente que pasaban por su lado continuaron su camino durante unos segundos, antes de que alguien advirtiese que el individuo estaba herido.

La víctima se tambaleó. La sangre comenzó a fluir de su herida, manchándole las manos y el periódico. Un leve hilillo rojo brotó de sus labios, corriéndole hacia abajo por la barbilla.

Se derrumbó de bruces, en medio de algunos gritos histéricos de las mujeres que transitaban por aquel sector de la acera. Pateó unos momentos y luego se quedó inmóvil.

Estaba muerto.

La gente empezó a arremolinarse en torno al caído. Pronto, sin embargo, apareció un agente de policía que separó a los curiosos del hombre derribado en el suelo y bajo cuyo cuerpo empezaba a extenderse lentamente la sangre.

Aulló una sirena policíaca. Varios agentes saltaron del coche, apartando a los curiosos. Empezaron las investigaciones del caso.

Aparentemente, era un asesinato común y corriente. Nadie en aquellos momentos, sin embargo, sabía que la bala que había derribado al muerto había sido disparada desde nueve siglos en el futuro.

Las complicaciones vinieron más tarde, cuando los servicios científicos de la policía metropolitana empezaron a actuar.

En primer lugar, el muerto no llevaba encima ninguna documentación que pudiera identificarle. Naturalmente, hubo que

recurrir al viejo y eficaz sistema de las huellas dactilares.

El sargento Murchison era el encargado de la identificación del individuo y fue al depósito de cadáveres con los útiles necesarios para efectuar la operación.

Le recibió el forense, doctor Schofield, quien estaba lavándose las manos después de haber extraído el proyectil que había matado a la víctima.

—Hola, sargento —exclamó—. ¿Qué le trae por aquí?

—El "fiambre" de la Quinta. ¿Dónde lo tiene usted?

—Ahí —señaló el médico, indicando una losa de piedra sobre la que se veía un bulto cubierto con una sábana.

Murchison se acercó al cadáver, descubriéndolo. Había visto ya demasiados muertos para que uno pudiese llamarle la atención.

—Buena puntería —comentó, viendo el orificio de entrada del proyectil.

—Sí. Le acertó en medio del corazón. La muerte fue fulminante.

—Y nadie sabe quién lo hizo, ¿eh? Nadie vio nada, nadie oyó nada, pero el tipo cayó muerto sobre la acera de la Quinta, a la hora más transitada, cuando la gente sale de sus quehaceres.

—Hasta ahora, tampoco nadie se ha presentado a reclamar el cuerpo —dijo el doctor.

—Es pronto aún. Mañana, cuando lo echen a faltar en su casa... ¡Eh! ¿Qué diablos es esto?

—¿Qué sucede, Murchison? —preguntó el médico.

El policía frunció el ceño. Tenía una de las manos del muerto y la mantenía en alto.

—En mi vida he visto cosa más rara. Un tipo sin huellas dactilares.

—¡Diablos! —Schofield se ajustó los lentes y examinó cuidadosamente la mano.

Luego, en tanto murmuraba palabras ininteligibles, dio media vuelta a la mesa de mármol y cogió la otra mano.

Súbitamente tiró de la sábana, descubriendo el cadáver por completo. Se acercó al final de la mesa y examinó atentamente los pies.

Después levantó la vista, completamente desconcertado. Y Murchison también lo estaba.

—En mi vida he visto un caso igual —exclamó el doctor,

aturdidísimo—. Y conste que he visto muertos… Pero ¡éste…!

Murchison no perdió allí mucho más tiempo. Dio media vuelta y salió del necrocomio. Echó a correr y no se detuvo hasta que hubo llegado a la oficina de su jefe inmediato, el teniente McBain.

Éste le vio llegar, pálido y desencajado.

—¡Murchison! ¿Ha visto fantasmas? —gruñó.

—Casi —jadeó el sargento—. Teniente, cuando me oiga usted lo que quiero decirle, no querrá creerme.

—Si ha bebido, por supuesto que no, Murchison —contestó McBain con aspereza.

—¿Beber? ¿Quién, beber yo? ¡Huela, huélame el aliento! —Y el sargento echó un chorro de aire, con la boca bien abierta, al rostro del teniente.

McBain agitó ambas manos, con el fin de disipar la tufarada de cebolla que el sargento le había echado al rostro.

—Es evidente que no ha probado el licor. Bien, desembuche de una vez. ¿Dónde está el fantasma?

—El fantasma está en que el muerto de la Quinta no tiene huellas dactilares, teniente.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué es lo que ha hecho para estar ahora viendo visiones?

Murchison señaló el teléfono.

—Llame al forense. El doctor Schofield corroborará en el acto todo cuanto le digo. El muerto “tiene completamente lisas las yemas de los dedos”. Es más —agregó el policía—; carece en absoluto de huellas palmares y plantares. La piel de sus pies y manos es totalmente lisa… como… como… la de las nalgas de un crío de dos días de edad.

McBain abrió la boca estupefacto. Aquello resultaba sencillamente increíble.

—¡Rayos! —murmuró—. ¿Es cierto eso que usted me dice?

Pero Murchison no pudo contestarle. En aquel momento sonó el zumbador del fonovisor.

McBain reaccionó, moviendo la palanquita de contacto. En la diminuta pantalla del aparato surgió la imagen de uno de los técnicos de laboratorio.

—¡Teniente! —gruñó el hombre—. ¿Qué demonios de bala acaban de enviarme del necrocomio? No pertenece a ninguno de los

tipos conocidos.

McBain soltó un aullido.

—¡Krafters! ¿Qué dice?

—Lo que oye, teniente. Esta bala no ha sido disparada por ninguna de las armas que conocemos... a menos que haya sido fabricada en los últimos siete días, cosa que reputo de imposible.

El teniente y Murchison se miraron unos momentos, completamente desconcertados.

—Además —siguió el experto en balística—, el metal de que está fabricada me intrigó al hacer el examen microscópico para fotografiar después las estrías dejadas por el rayado del ánima del cañón. Pues bien, a pesar de que solamente he hecho un examen superficial, puedo asegurar que ese metal es absolutamente desconocido en nuestro planeta.

—¡Qué! —aulló el teniente.

El experto no se inmutó.

—Sencillamente, ese metal no existe hoy día.

Pero los misterios en torno al cadáver de la Quinta Avenida no habían concluido todavía. Antes de que llegara el alba siguiente, el cuerpo desapareció misteriosamente del necrocomio.

Y nunca más pudo ser hallado, pese a que el teniente McBain y el sargento Murchison hicieron esfuerzos heroicos por hallar el enigmático cadáver, que nadie nunca reclamó ni, por lo que parecía, nadie había conocido tampoco.

El teniente abrigó la esperanza de que alguien lo reclamase algún día. Normalmente, al cabo del año eran centenares de personas las que desaparecían sin que nadie las echase de menos, pero en aquel muerto concurrían tantas circunstancias extraordinarias, que McBain creía fundadamente, puesto que el caso se salía de lo normal, que alguien acabaría diciendo algo sobre el muerto, pero sus esperanzas se vieron frustradas.

"El caso del muerto sin huellas", como se le dio en llamar, no fue resuelto jamás, al menos por los hombres que habían sido sus actores, aunque secundarios, ya que los principales eran el muerto y su asesino. Pero nadie de aquella generación pudo conocerlos.

McBain murió de vejez, ya superintendente de la policía neoyorquina. Hasta sus últimos días le acompañó la pesadilla del "muerto sin huellas", así como el misterio de su deceso y posterior

desaparición.

Lo mismo le sucedió a Murchison. Éste, sin embargo, murió antes, en una refriega con unos criminales que le dispararon a boca de jarro una ráfaga de metralleta que prácticamente lo segó por la mitad. Murchison murió siendo ya capitán y su fallecimiento fue sentidísimo, pues era uno de los policías más hábiles, honestos y competentes del Departamento. Sin embargo, tampoco pudo aclarar el misterio.

Al doctor Schofield le hubiese gustado, sin duda, poder presentar alguna comunicación científica a la Academia correspondiente acerca de un hombre que carecía de huellas. Pero al no poder probarlo, hubo de abstenerse de ello y murió años más tarde de una enfermedad tan vulgar como una simple gripe, cuyo corazón, debilitado por el peso de los años, no pudo resistir.

Habían de transcurrir novecientos años, nueve siglos, antes de que "El Caso del Hombre sin Huellas" fuese resuelto. Pero es que entonces había ya un organismo que se llamaba Cronopolicía o, dicho en términos más llanos, Policía del Tiempo.

CAPÍTULO II

N

ueve siglos más tarde, año más, año menos, un hombre se puso en pie y, tambaleándose, se acercó a un fonovisor.

El hombre tenía ensangrentado todo un lado de su cara y sus ropas mostraban claramente que había sostenido recientemente una lucha feroz, en la cual no había llevado la mejor parte. Su mano temblaba visiblemente al marcar un determinado número en la fila de diez botones que substituía al disco de antaño.

—¿Cuartel General de la Cronopolicía? —preguntó con voz balbuciente cuando se iluminó la pantalla, dejando ver en ella el rostro de un hombre—. Me llamo Adhars y soy el guardián nocturno del hangar de cronomóviles. He sido atacado por un desconocido que... se ha llevado un cronomóvil. Vengan pronto a investigar... por favor...

Desfalleció apenas terminada la frase y rodó nuevamente por el

suelo, dejando la comunicación conectada. La sangre continuaba fluyendo de la herida.

El policía de guardia en la Estación del Tiempo llamó varias veces sin obtener respuesta. En vista de ello, marcó rápidamente otro número y puso inmediatamente en movimiento al jefe de la Cronopolicía.

* * *

El ataque al guardián nocturno del hangar de cronomóviles determinó, veinticuatro horas más tarde, una importante reunión.

La presidía el jefe del Gobierno, Smurthens, y asistían a ella, además, varios ministros y el jefe de la Policía del Tiempo, doctor Shampler.

Éste fue el primero en empezar a hablar.

—Señores —dijo—, nos encontramos ante una grave situación a la cual es preciso poner remedio cuanto antes. Un desconocido ha substraído un cronomóvil del lugar donde se guardaban, evadiéndose con el aparato a una época cuyo tiempo no podemos determinar ni siquiera remotamente. Asimismo desconocemos los móviles que le han inducido a obrar de tal manera, pero una cosa hay indudable: es preciso detener a ese hombre a toda costa.

—¿Teme usted que cometa algún desafuero, doctor Shampler? —preguntó el ministro de Comunicaciones, Wullaz.

—Nadie actúa de tal manera si no piensa ejecutar algún acto criminoso. A dónde y con qué objeto ha huido nuestro hombre, es algo que tenemos que averiguar inmediatamente, so pena que la historia de nuestros días resulte grave e irremisiblemente alterada. Es preciso detenerle antes de que empiece a actuar; de lo contrario, las consecuencias de sus actos pueden resultar sencillamente catastróficas para todos nosotros.

—Lo que no entiendo es —dijo Khayr-ed-Din Khan, el ministro de Relaciones Extraplanetarias— por qué ha robado esa máquina del tiempo. ¿Acaso no podía haberla solicitado para viajar tranquilamente a través de las épocas, sin necesidad de realizar ataque alguno contra el desdichado guardián?

—Los cronomóviles, señor Khan, son algo que sólo pueden ser manejados por quienes están debidamente autorizados para ello, es decir, por los miembros de mi Departamento. El hecho de que el criminal haya cometido un acto doblemente delictivo -la agresión

con lesiones y la substracción de la máquina- indica claramente que en la época a la cual ha ido piensa cometer igualmente otro u otros actos delictivos, cuyas consecuencias remotas sólo trastornos y perturbaciones pueden traer para todos nosotros.

Smurthens intervino:

—¿Está demostrado por completo que el individuo sustrajo el cronomóvil?

Shampler miró al jefe del gobierno.

—Totalmente, excelencia. Los cronomóviles son aparatos que se utilizan estrictamente con fines de investigación científica y solamente por miembros de nuestro departamento.

—Me parece —dijo irónicamente Laudeau, ministro de Orden— que el citado departamento no ha sido muy cuidadoso con las máquinas que tenía el deber de custodiar. Según tengo entendido, un cronomóvil es algo que está fuera del alcance del común de los mortales. ¿No pensaron nunca en que un individuo cualquiera podía necesitar un aparato de ésos no importa para qué motivos? El hecho de que lo obtuviera con tan relativa facilidad, indica plenamente la negligencia y el descuido con que se lleva cierta clase de asuntos.

Shampler enrojeció con violencia.

—Si lo que pretende el honorable ministro de Orden es tacharnos de incompetentes...

—¡Por favor, señores! —exclamó Smurthens—. No iniciemos discusiones tontas que a nada conducen. Dejen los piques personales a un lado y tratemos de resolver este asunto lo mejor posible. Siga usted, Shampler.

—Puedo hacer detener al criminal, Excelencia —dijo el aludido —; mas para ello necesito autorización para obrar libremente.

—¿Qué entiende usted por obrar libremente, doctor Shampler? —preguntó Khayr-ed-Din Khan.

—Carta blanca —replicó el interpelado sin pestañear.

—Explíquese mejor, doctor —dijo Wullaz.

—Es bien fácil. La actuación de ese individuo, cuya identidad desconocemos por completo, puede provocar una catástrofe temporal o, para decirlo más brevemente, un cronoclismo, cuyos resultados, si leves en un principio, pueden ser fatales con el transcurso de los tiempos. Imagínense un surtidor de agua en un

jardín. Al principio, el chorro que sale por la boca del tubo es delgado. Pero a medida que el líquido asciende, se va expandiendo hasta llegar a la cúspide en que es ya casi un abanico. Lo mismo podría suceder con el hecho que ese individuo se dispone a cometer.

—¿Y cómo sabe usted que el criminal va a cometer un hecho delictivo? —preguntó Laudeau.

—Yo no digo que su acción sea inmediatamente delictuosa, sino las consecuencias que de ella se deriven. Fíjense bien que al robar un cronomóvil, el ladrón se dispone a actuar en el tiempo. Quizá le baste ayudar a una persona a pasar de una acera a otra.

Wullaz lanzó un resoplido desdeñoso.

—¿Quiere decir que un hecho tan simple puede influir en el tiempo?

—Claro que sí. Imagínese que ese hombre no pensaba cruzar la calle. Al hacerlo, sus movimientos han sido influenciados y desviados tanto en el tiempo como en el espacio. En la acera opuesta ve algo que le gusta o que le desagrada, según. Supongamos que le gustan con delirio los pasteles de nata y se da un atracón, a consecuencia del cual fallece. Si ese hombre no hubiera sido influenciado por nuestro ladrón, hubiera continuado desarrollando su vida normal. ¿Quién nos dice que no hubiera sido el autor de un invento sensacional que hubiera podido revolucionar la vida humana? O bien el autor de otra cosa igualmente beneficiosa, que por culpa del ladrón no será descubierta hasta años más tarde, con las consiguientes derivaciones perjudiciales para todos.

—Su explicación nos ha convencido, doctor —dijo Smurthens—. Quiere eso decir que su hombre no tiene derecho a interferir en la vida de las personas. Pero supongamos que el ladrón se ha desplazado a una época anterior a la nuestra. No pensará volver a ésta, supongo, cuando ha cometido un acto de tal naturaleza. Las idas y venidas de los cronomóviles son controladas cuidadosamente y su regreso sería advertido inmediatamente.

—Por supuesto, excelencia —asintió Shampler.

—Bien, pero si usted logra detectar al ladrón, lo lógico será que destaque a un agente de la Cronopolicía para detenerle. ¿No será esa acción una interferencia en la vida de una persona que está viviendo varios siglos antes que nosotros?

—Por cierto que sí, pero sólo...

—Imagínese —le interrumpió Smurthens— que ese individuo ha asesinado. ¿Se desplazaría en el tiempo para advertir a la víctima que debe huir y esconderse para no ser muerta?

La pregunta puso a Shampler en una posición muy embarazosa.

—Pues... no estamos seguros de que haya ido a matar a alguien. Además, si quisiera hacerlo, tiene cronopistolas...

—¡Un momento, un momento! —pidió Khayr-ed-Din Khan—. Según tengo entendido, tanto las máquinas temporales como las cronopistolas son algo absolutamente vedado para la gente y que solamente pueden ser utilizados por ustedes, los miembros de la Cronopolicía. ¿Cómo, pues, podría ese hombre utilizar una pistola temporal?

—Se trataba de una pregunta nada más, señor —contestó Shampler.

—Volvamos a lo de antes —insistió Smurthens, mirando al doctor—. Estábamos con el asesinato de una persona, cuya muerte, evidentemente, podría tener funestas consecuencias para todos nosotros. ¿Cómo lo evitaría usted?

—Quizá... —contestó el jefe de la Cronopolicía cautelosamente —... no me quedase otro remedio que advertirle del grave peligro que corría.

—Para hacerlo tendría que desplazarse usted a la época del presunto asesinato y advertir a la presunta víctima de lo que puede sucederle. Esto también influenciaría actos futuros... que ahora ya son pasados para nosotros.

—Creo que no se ha marchado a otra época para cometer un crimen.

—¿En qué se basa usted para hacer tal afirmación? —preguntó implacablemente Laudeau.

—Es... una sensación que tengo, señor —contestó Shampler.

—Aquí queremos hechos, no sensaciones —murmuró el que había hablado antes.

—Lo siento, señor. Pero no puedo hacer otra cosa que empezar a actuar.

—¿Y por dónde piensa empezar?

Shampler sudaba. Verdaderamente, estaba tan desorientado como nunca lo había estado en su vida. Ignoraba todos los detalles

del caso, excepto el ataque al guardián y la sustracción del cronomóvil, ignoraba la identidad del ladrón, ignoraba sus intenciones… El caso se le presentaba sumamente difícil.

—No puedo decir nada —se escudó tras una máscara de falsa severidad—. Habrán de permitirme que lleve las investigaciones a mi modo… o de lo contrario aceptar mi dimisión.

—¡Qué absurdo! —exclamó Smurthens—. Eso que acaba usted de decir es una solemne tontería. ¿Cree que se arreglarán las cosas automáticamente, sólo porque usted dimita de su puesto?

—Desde que estamos aquí —gruñó Khan— no hemos dicho dos palabras que valgan la pena. ¿Por qué no tomamos una resolución de una vez?

—Ya lo dije antes, señor —contestó Shampler—. Necesito carta blanca para actuar.

—¿A qué llama usted carta blanca, doctor? —preguntó agresivamente Wullaz.

—A que se me deje obrar a mi manera. Dispongo de un plantel de agentes hábiles y competentes. Ellos pueden descubrir al ladrón y rastrearle sin que él se dé cuenta, hasta averiguar los motivos por los cuales robó el cronomóvil.

—¿Y cuando lo hayan encontrado?

—Lo detendremos, naturalmente, y lo someteremos a juicio.

—Que habrá de ser secreto, por supuesto —observó Laudeau—. Los cronomóviles y las cronopistolas son algo estrictamente secreto. El público ha oído hablar de tales artefactos, pero nadie, si no son los que tienen directamente acceso a ellos, ha podido verlos.

—El juicio sería secreto, claro.

—¿Y la condena?

—Depende de sus actos, señor.

—¿Cuáles? ¿Los de ahora… o los que cometió, supongamos hace cuatro siglos?

—Por toda su obra, en conjunto, señor.

Laudeau miró al jefe del gobierno.

—Su excelencia tiene la palabra —dijo.

Smurthens carraspeó.

—Creo —dijo lentamente— que debemos otorgar un cierto margen de confianza al doctor Shampler. Está tan sorprendido como todos nosotros y es que actualmente es tan poco corriente que

alguien robe y ataque físicamente a una persona, que la simple mención de que puedan cometerse tales delitos nos horroriza grandemente. Podemos concederle… ah… hum… ¿Una semana, doctor?

Shampler meditó unos segundos.

—Sea —dijo al cabo—. Me conformo con una semana. Si al cabo de ese tiempo no he conseguido algo positivo, dimitiré.

Smurthens se puso en pie.

—Bien, señores —exclamó—, creo que por ahora no es preciso que continuemos la reunión. Dentro de siete días, o antes, si ha resuelto el caso, el doctor Shampler nos informará de los resultados obtenidos.

* * *

Nadie hubiera sido capaz de suponer que Elwo Cranall era un agente de la Cronopolicía.

Por su aspecto más parecía un pugilista de aquellos que los microfilmes mostraban a los estudiosos a quienes les gustaba investigar sobre las épocas en que la violencia parecía ser la dueña y señora del globo. Por sus palabras podía parecer un humorista, para quien la vida era fuente de perpetua risa, pero debajo de su imponente -y atractiva- fachada física, pocos, salvo los enterados, estaban en condiciones de saber que poseía un cerebro agudísimo y una inteligencia probada ya en multitud de ocasiones.

Cuando le notificaron que el doctor Shampler quería verle, al instante supo que se trataba de algo grave. Hasta entonces los miembros del ultra secreto cuerpo de Policía del Tiempo no habían tenido apenas que actuar, salvo en ocasiones que para nada hubiesen podido influenciar situaciones futuras, pero ahora la cosa variaba notablemente.

Elwo escuchó atentamente la relación que le hizo el doctor de los sucesos recientemente acaecidos. Al terminar, Shampler dijo:

—Le he elegido a usted para que me resuelva el caso. Ha de tener en cuenta, además, que sólo dispone de siete días. Tendrá mi ayuda incondicional, pero le advierto que, si fracasa, nos hundiremos irremisiblemente los dos.

Elwo frunció el ceño.

—Estoy dispuesto a llegar al término de este endiablado asunto, señor. No obstante, he de pedirle una cosa.

—¿De qué se trata, Cranall?

—El encargado del caso soy yo. Por lo tanto, hágame el favor de expedir una orden para el Departamento Temporal, poniendo a mis inmediatas órdenes a cuantos lo componen. No puedo ir de aquí para allá teniendo que soslayar zancadillas de unos y otros. Cierto que los hombres que pertenecen a la Cronopolicía son honrados y leales, pero a veces… Bueno, usted ya me entiende, doctor. No quiero que mi labor se vea entorpecida por las rencillas y las dificultades que quieran presentarme algunos que quizá se sientan un poco postergados.

—Comprendo. Y así lo haré, Cranall. Se lo aseguro que será así.

El joven se puso en pie.

—Bueno, doctor. Me marcho. Tengo una cita.

Shampler le miró, aturdido.

—¡Oiga! —exclamó.

—Claro —contestó Elwo—. Hasta mañana no empieza mi actuación, ¿verdad? Y mire, en “La Estrella del Cosmos” está Abisag Krenn, una chica con una voz de ángel y un tipo que corta el aliento. Le veré mañana a las siete en su despacho, doctor.

El que se quedó sin aliento fue Shampler, al ver la forma como pensaba actuar su subordinado. Elwo caminó hasta la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió.

—Doctor —dijo—, ¿se le ha ocurrido investigar los viajes de los cronomóviles?

—No, al menos, hasta el momento, Cranall.

—Bien, haga entonces que alguien estudie cuidadosamente los viajes de los cronomóviles en los últimos cinco años, separando aquellos que puedan parecer más sospechosos. Que me lo tengan todo listo para mañana a las siete, encima de su mesa.

—¡Cranall! ¿Es que supone…?

—El hombre que robó el cronomóvil sabía manejarlo, ¿no? Y el manejo de un cacharro como ésos sólo se aprende con la práctica, es decir, yendo y viniendo a través de las épocas. Por lo tanto…

Elwo se alejó silbando una alegre marcha, en tanto dejaba a sus espaldas a un doctor Shampler lleno de aturdimiento y confusión.

* * *

Desde luego, Abisag era todo lo que el joven había dicho y mucho más.

Quizá no fuese una mujer bella en el lato sentido de la palabra, pero era alta, de piel bronceada, ojos verdes y cabello negro como el ala del cuervo. No solía usar vestidos detonantes, pero sobre su magnífica anatomía hasta un saco de transportar patatas, que suelen ser los más burdos de tejido, hubiera parecido el mejor modelo de París.

Elwo se apoyó en uno de los bastidores del escenario de "La Estrella del Cosmos", donde actuaba la joven y la miró sonriendo. Elwo no era ni había sido nunca telépata, pero deseó que ella le mirase y Abisag volvió el rostro hacia él.

Sin dejar de cantar, la chica le sonrió, dejando ver una deslumbrante dentadura. Elwo le guiñó un ojo, a lo cual ella correspondió con un brevísimo pero significativo parpadeo. Elwo, medio atontado, prendió fuego a un cigarrillo, que un indignado tramoyista le quitó inmediatamente. Elwo no le hizo el menor caso.

Esta vez el traje blanco que llevaba puesto Abisag parecía pintado a pistola sobre su cuerpo. No llevaba joyas ni le hacían falta. Sus ojos eran lo suficientemente esmeraldinos para suplir cualquier piedra preciosa, por costosa que fuese.

Cuando Elwo vio que la cantante estaba a punto de concluir su número se retiró discretamente al camerino de la chica.

Esperó allí hasta que se abrió la puerta. Entonces salió de detrás de ella y la cerró.

Abisag se volvió, lanzando un gritito de susto. Pero volvió a sonreír al instante.

—¡Elwo! —exclamó, y un segundo después se había colgado del cuello del joven—. Mi vida —susurró.

Elwo la retiró un poco, contemplándola fijamente.

—"Como cinta de escarlata son tus labios y dulce y sonoro tu hablar. Como rojas cortezas de granada son tus mejillas... Tu cuello es recto y airoso como la Torre de David.[1] Tus dos..."

—¡Eh, eh! —protestó ella—. No sigas con las descripciones. Conozco la Biblia.

—Y por ello llevas el nombre de la Sulamita, la favorita del gran Salomón.

—Fue Belkiss, la reina de Saba, su gran favorita.

—Eso sólo significó un pequeño amorío en la vida del gran rey. Pero su verdadero amor fue Abisag, la Sulamita.

—Y tú quieres parecerte a Salomón, ¿no?

—En lo que a ti se refiere sí, nena.

—¿Se casó Salomón con la Sulamita?

Elwo frunció el ceño.

—¿Qué es lo que insinúas, Abisag?

—Está bien claro, ¿verdad? ¿Hasta cuándo vas a entretenerme con tus tonterías, Elwo Cranall?

—¿Quién, yo? Verás, nena, ahora...

La joven le miró fijamente.

—Estoy ya cansada de que sólo me prodigues frases bellas y palabras amorosas. Quiero casarme contigo y terminar con esta vida de una vez.

Elwo hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. ¡Casarse, él, con lo bien que se estaba soltero!

Claro que Abisag era una mujer de una pieza, pero...

La joven entendió lo que pasaba por la mente del joven. Se dirigió hacia la puerta y la abrió de golpe.

—Largo, Elwo.

—¿Qué estás diciendo? Pero, Abisag...

—Ni una palabra más. No vuelvas aquí si no traes una licencia de matrimonio. Yo la tengo siempre lista. Como que la estoy renovando cada tres meses... desde hace tres años, que es el tiempo que hace que nos conocemos. La validez de la que tengo expira dentro de siete días justos. Hasta entonces tienes tiempo, Elwo.

—¡Abisag!

—Lo dicho, dicho queda. Vuelve con la licencia u olvídame. —Y cerró la puerta con gran violencia.

Elwo tuvo que saltar para conservar íntegras sus narices. Luego, al quedar fuera del camerino, meditó unos segundos.

—¿Acaso se ha puesto de moda el que todo el mundo ande concediendo una semana de plazo para hacer las cosas? —masculló.

CAPÍTULO III

A

la mañana siguiente, Elwo penetró en el despacho del doctor

Shampler, taconeando ágilmente, como si nada hubiese sucedido.

—¡Buenos días, doctor! ¿Alguna noticia de particular? ¿No? ¡Qué lástima! Yo que esperaba que me hubiesen resuelto el caso durante esta noche...

Shampler le miró, conteniendo difícilmente su cólera.

—Estoy pensando en que acaso me equivoqué al encargarle del caso, Elwo Cranall —dijo severamente.

—¡Qué tontería! Usted no se equivoca nunca —contestó el joven, sin dejar de sonreír. Se sentó en un ángulo de la mesa y tomó un puñado de papeles de encima de la misma, que empezó a leer en el acto—. ¡Hum! De modo que éstos son los viajes de los cronomóviles que pueden considerarse como sospechosos, ¿eh?

—Sí. Hay uno, sobre todo... ése, el del 25 de abril de 2874 a la era Mesozoica que...

Elwo arrugó el papel y lo tiró a un rincón, sin preocuparse mucho de dónde caía.

—Olvídelo, doctor. Ese viaje no puede influir en nosotros. Y este otro tampoco, una traslación al 5 de marzo de 2854... Veinte años son poca cosa para tener influencia en nuestro presente. Se necesita, al menos, un siglo de distancia temporal...

Tiró el segundo papel y un tercero y un cuarto. Se quedó con tres, finalmente.

—Aquí veo —dijo— un viaje al mes de abril de 1864.

—Entonces fue cuando mataron a Lincoln.

—¿A qué fue ese individuo a aquella época?

—Aparentemente, para fotografiar la escena del asesinato.

—¡Hum! Menos mal que no se le ocurrió evitarlo. Imagínese lo que hubiese podido suceder de haber vivido Lincoln quince o veinte años más. Lo hubiesen reelegido un montón de veces y... Bueno, es preferible no pensarlo. Bien, mantendremos este cronoviaje en reserva. Veamos el siguiente.

Elwo leyó unos instantes en silencio.

—Viaje del ciudadano Kir Lo-tcha a Roma, en el año 45 de nuestra era. Tendría ganas de divertirse viendo martirizar a los cristianos en la arena del circo, ¿eh?

—El ciudadano Kir Lo-tcha es uno de nuestros más reputados historiadores y...

—Todo lo que se refiere a Nerón y compañía está ya

requetesuperarchisabido. No necesitaba ir tan lejos, a menos que tuviese ganas de ver a un león sacarle las tripas a un cristiano en el circo. Personalmente, me pondría malo si lo viese.

—Bueno, pero eso no lo convierte en sospechoso.

—Sí, porque un hombre a quien le gusta la sangre humana es capaz de cometer un asesinato, como el tipo que fue a ver matar a Lincoln. ¿Vio también matar a Wilkes Booth, su asesino? ¿Vio colgar a la mujer y a los tres hombres que resultaron ser sus cómplices?

—Haré que los mantengan en observación.

—Buena idea, doc. Y ahora pasemos al último. Viaje del ciudadano Forgan Clarimont al siglo XX, concretamente a la penúltima década. ¿Quién es Forgan Clarimont?

—Ahí dice que es un científico.

Elwo preguntó:

—¿Qué investiga?

Shampler se quedó cortado, sin saber qué responder.

Elwo se acercó al fonovisor y pulsó una palanquita. Un rostro apareció inmediatamente en la pantalla.

—Que se presente en el acto el agente que acompañó a Forgan Clarimont en su cronoviaje al siglo XX —ordenó, cortando la comunicación.

Luego miró al doctor.

—Todos los viajes en el tiempo son realizados en compañía de uno de nuestros agentes, cuya misión es la de acompañar al viajero para que no cometa errores que puedan afectar al curso de las edades. Mi agente que fue con Clarimont nos dirá qué es lo que hizo éste en aquella época.

La respuesta, no se hizo esperar mucho.

—Señor, no hubo ningún agente que acompañara a Clarimont en el cronomóvil.

—¡Qué! —aulló el joven—. ¿Quiere decir que Clarimont manejó solo una de nuestras máquinas?

—Así es, señor. El archivo muestra la autorización especial del propio jefe del gobierno, firmada de su puño y letra, con el gran sello del Consejo Mundial.

Elwo cerró la comunicación.

—Ni palabra. Yo dirijo la Cronopolicía, pero son tantos los viajes

temporales que se efectúan, que no puedo entrar en pormenores. Bien, dentro de un rato iré yo a ver en persona a Clarimont. Él me dirá, de grado o por fuerza, lo que queremos saber.

—¡Cranall! —exclamó el doctor Shampler, asustadísimo—, ¿No irá a... a...?

—¿Por qué no? —gruñó el joven—. Si ese tal Clarimont ha empleado medios delictuosos para llegarse hasta el siglo XX o los ha cometido en esta época, yo no voy a andarme por las ramas para sacarle lo que quiero, ¿verdad?

Shampler se tapó la cara con las manos.

Estaba horrorizado.

—¡Por Cronos! —se lamentó—. Tantos siglos de lucha para desterrar la violencia y ahora...

—Aquí hay algo más que violencia, doctor. Venga conmigo. No podemos ser débiles cuando se trata de algo que quizá pueda poner en peligro nuestra propia existencia. Figúrese —dijo mientras caminaban— que ese individuo ha cometido algo perverso y que, como consecuencia de ello, la raza humana degenera hasta convertirse en una raza de infrahombres. ¿Qué es lo que seríamos usted y yo ahora? ¿Se imagina a sí mismo convertido en un mono cubierto de pelo y vaciando nueces para comerse lo de adentro?

Salieron de la habitación y llegaron a un ascensor.

—¿Adónde me lleva, Cranall?

—A la sala de cronoscopios. Es preciso investigar todas las edades y hasta encontrar a nuestro hombre.

—Dijo usted que iba a ver a Clarimont.

—Después, cuando haya terminado en casa.

El ascensor les condujo tres pisos más abajo, a una enorme sala donde una veintena de hombres se hallaban sentados ante sendos aparatos de idéntica apariencia todos ellos.

El aparato, en síntesis, era una especie de pantalla visora de un metro de lado, situada sobre una gran mesa que estaba a cuatro metros de distancia de la anterior. En la mesa, además de los mandos temporales, en los cuales estaban incluidas todas las fracciones de tiempo, había también los mandos de espacio.

Con éstos el operador podía situarse en cualquier región de la Tierra. Una vez localizado el lugar, manejaba el control de tiempo, de modo tal que podía ver, a través de la pantalla, un sitio, una

ciudad, un edificio, una habitación cualesquiera en cualquier año que desease.

Uno de los lados de la habitación tenía una especie de puente que, adherido al muro, corría a todo lo largo del mismo y desde el cual podían dirigirse todas las investigaciones cronoscópicas. En uno de los lados había una mesa, uno de cuyos útiles era, sencillamente, un micrófono.

Elwo lo puso en funcionamiento.

—A todos los agentes de la Cronopolicía —dijo—. A partir de este momento quedan suspendidas todas las investigaciones temporales, excepto la que voy a ordenar inmediatamente.

Hizo una corta pausa.

—Es preciso buscar a un hombre de nuestra era que se ha trasladado a otra anterior, que se supone comprendida entre los siglos XVIII y XXI. No puedo dar características fisonómicas del individuo, porque las desconozco por completo. Sin embargo, hay algo que puede delatarle perfectamente, aunque vista las ropas propias de aquellas edades. Me refiero a su notación molecular, perfectamente perceptible a través de la pantalla cronoscópica en forma de ligerísima aura individual. Este detalle le delatará con tanta seguridad como si poseyésemos su fotografía. Quien consiga localizarlo, que avise inmediatamente al doctor Shampler.

Cortó la comunicación y se volvió hacia éste.

—Bien —le dijo, sonriendo—, ya tenemos a veinte de nuestros sabuesos lanzados a la persecución. Vamos ahora al depósito de armas.

Aunque Shampler estaba todavía fuerte y ágil, le resultaba difícil, no obstante, mantener su paso al ritmo del joven. Elwo parecía haberse convertido en un torbellino de actividad.

—¿Por qué quiere ir a la sala de armas?

—Para tomar una cronopistola, en primer lugar. Y en segundo, por ver si falta alguna arma de esta clase.

—¿Cree que el criminal se llevó una?

—Desde el momento en que inició su actuación atacando al guardián Adhars, cualquier cosa, y ninguna buena, puede esperarse de él. Bien, ya estamos aquí.

La sala de armas era un pequeño gabinete en el que sólo se veían un hombre, una mesa, una silla y un libro. El hombre se puso

en pie al verles entrar.

—Doctor —dijo Elwo—, fírmeme una autorización para que el guardián me entregue una cronopistola.

—Claro —contestó Shampler.

El guardia oprimió un botón situado bajo su mesa y al instante un cajón empotrado en la pared fue proyectado hacia adelante. Extrajo el arma y se la entregó al joven.

Éste tomó la cronopistola y comprobó su perfecto funcionamiento.

—Un arma mortífera si las hay —dijo—. Capaz de matar a cualquier persona en cualquier sitio y en cualquier época. El que la inventó se merece un monumento...

Shampler respingó.

—Levantar un monumento al autor de un aparato para matar — bufó.

—No me ha dejado usted terminar, doctor —rió Elwo—. Quería decir que ese monumento debiera erigirse en el infierno. Bien, ya está... ¡Un momento!

Miró al guardián.

—¿Cuántas cronopistolas hay? —inquirió.

—Veinticinco. No se han construido más, que yo sepa.

—¿Hay alguna entregada a algún agente de la Cronopolicía?

—La suya es la única, señor.

—Gracias —contestó el joven.

El arma tenía una funda que parecía una bolsa corriente que podía llevarse pendiente del hombro por una correa. La guardó en ella y se colgó la bolsa del hombro.

Pero todavía no estaba satisfecho. Se mordió los labios, muy pensativo al parecer.

—¿Cuántas horas de servicio tiene usted, amigo? —preguntó.

—Cuatro, señor.

—¿Las cubre de un tirón?

—Sí, señor.

—¿A qué hora empieza su turno?

—A las cuatro de la mañana durante todo este mes.

Elwo consultó su reloj.

—Es decir, que dentro de unos minutos será relevado y ya no volverá hasta mañana a las cuatro.

—Exactamente.

—¿Hacen recuento del armamento durante el relevo?

El guardia puso cara de asombro.

—¿Para qué, señor? Llevo aquí varios años y en todo ese tiempo sólo se pidieron armas un par de veces. No sé siquiera para qué las inventaron; yo creo...

—No nos importa lo que usted crea, amigo —le interrumpió el joven secamente—. Aquí lo que nos interesan son los resultados. Hágame el favor de contar las cronopistolas.

El guardia le miró con aire reluctante durante unos segundos; después acabó por obedecer.

Unos segundos más tarde le miraba, completamente consternado.

—¡Sólo hay veintitrés pistolas! —exclamó.

—Más la que yo tengo, que hace el número veinticuatro... ¡y la que se llevó el asesino, que es la veinticinco! —Elwo se echó a reír —. ¡Y esto es un guardián de la sala de armas!

El hombre enrojeció violentamente.

—Puedo garantizar que durante mis turnos nadie se llevó un arma de esta clase —barbotó.

—Nadie se lo discute —contestó el joven, airado—. Pero lo que sí resulta patente es su culpable negligencia (de usted y sus compañeros de custodia), gracias a la cual alguien, a quien todavía desconocemos, ha podido llevarse una de estas armas. Doctor, le dejo a usted las sanciones a imponer a todos los guardianes de la sala de armas.

Y sin añadir una sola palabra más, el joven dio media vuelta y salió de la estancia, dirigiéndose hacia el piso bajo del edificio.

—¿Dónde va ahora?

—A los archivos. Necesito investigar el permiso de utilización de cronomóvil que empleó Clarimont para trasladarse al siglo XX.

—¿Por qué supone que el actual ladrón se ha trasladado a aquella época?

—Está bien claro, ¿no? A partir del siglo XVIII es cuando empiezan a producirse los grandes inventos que condujeron a la humanidad a su actual estado de civilización. Resulta obvio, por tanto, que si Clarimont ha querido influir en nosotros, habrá desplazado a alguien de aquellos años.

Llegaron al Archivo. El empleado les mostró la autorización empleada por Clarimont.

—Bueno —murmuró Elwo, después de estudiar a conciencia la tarjeta firmada por el propio Smurthens y el enorme sello grabado a fuego en uno de sus lados—; después de ver esto ya no hay nada que objetar.

Devolvió la tarjeta. Y ya iba a irse, cuando de repente se le ocurrió una idea.

Se volvió rápidamente hacia el archivero.

—Nadie hacía un viaje solo en cronomóvil sin antes haber tenido ocasión de hacer unos cuantos de práctica, acompañado por uno de nuestros agentes. Investigue usted los que hizo Clarimont antes de marchar solo con el cronomóvil. Dele el resultado al doctor, con los sitios y edades en las que estuvo, ¿me ha comprendido?

—Perfectamente, señor —contestó el empleado.

Elwo se dirigió hacia la salida del edificio.

—Usted quédese aquí, doctor Shampler —dijo—. El resto es ya cosa mía.

—¿Va a ver a Clarimont?

—Y a interrogarle a fondo, doctor. Entienda que ese tipo puede decirnos muchas cosas interesantes, que yo estoy dispuesto a saber al precio que sea.

La casa donde habitaba Clarimont estaba situada en las afueras de la gran ciudad, en el centro de un costoso parque, cuyo solo mantenimiento hizo estremecer al joven.

Pero en el momento actual no estaba para contemplar bellezas. Lo que le interesaba era ver al individuo.

CAPÍTULO IV

L

a casa de Clarimont tenía una configuración particularísima: estaba suspendida en el aire.

Elwo no se extrañó de ver un edificio flotando a unos cuantos metros por encima del suelo; conocía el sistema en que se basaba –

antigravedad- y también sabía que el tipo de casa resultaba ya un poco anticuado.

En los primeros tiempos, los edificios suspendidos en el aire y unidos al suelo solamente por la escalera de acceso, de tal manera que parecían sostenidos por ella, habían hecho furor. Pero todo pasa de moda y ahora resultaba una decoración anticuada, aunque no por ello menos hermosa.

La escalera, de peldaños transparentes y muy amplios, terminaba en un semicírculo de varios metros de anchura que era el rellano de la puerta. Elwo llamó al zumbador, sin obtener la menor respuesta.

Volvió a insistir varias veces, hasta que se convenció de que no había nadie. Entonces se dijo que lo mejor era penetrar como fuera en el edificio.

No tenía a mano ninguna herramienta con la cual forzar la puerta y por unos momentos estuvo pensando en la mejor manera de resolver su situación.

De pronto se pegó una palmada en la frente, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Cronos! ¿Y yo soy un agente de la Policía del Tiempo?

Extrajo la cronopistola de su funda y la graduó para aquella época, unos segundos más tarde. Cuando llegó la hora, el proyectil, brotando invisible y silenciosamente de la boca del arma, hizo polvo la cerradura.

Tenía el paso franco. Empujó la puerta y cruzó el umbral.

La casa estaba a oscuras. Era evidente que por el momento no se hallaba habitada y su dueño, para evitar miradas indiscretas, había polarizado los vidrios, oscureciéndolos por completo.

Elwo fue a buscar el interruptor de polarización. En aquel momento, algo muy duro y pesado cayó sobre su cabeza privándole del conocimiento.

Se despertó bastante más tarde, sintiendo que tenía la cabeza apoyada en algo cálido y acogedor. Oyó una voz que murmuraba palabras de consuelo en su oído.

—Oh, Elwo, Elwo, si hubiera sabido que eras tú...

—¡Mi cabeza! —se quejó el joven.

—Espera un momento —dijo la voz—. Te traeré algo...

Una mano le acercó momentos después un vaso a la boca. Elwo

bebió ávidamente y el licor le hizo reponerse en parte, hasta el extremo de conseguir sentarse en el diván.

Entonces comprendió por qué había encontrado cálido y acogedor el sitio donde había reclinado la cabeza. Se trataba del regazo de Abisag Krenn.

Sus ojos se dilataron por el asombro.

—¡Abisag! —exclamó, lleno de estupefacción.

La muchacha aparecía consternada.

—Elwo, dispénsame. Te... te vi entrar y pensé que eras un ladrón. Por eso te golpeé y...

El joven frunció el ceño.

—¡Cronos! —gruñó—. Me pegaste como si fuera tu enemigo personal. ¿Tanto miedo me tenías?

Y de repente saltó en el asiento, olvidado en el acto de todos sus dolores.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué has venido? ¿Qué buscabas en esta casa? ¿Quién te dijo que vive aquí...?

Las preguntas brotaron de su boca con la velocidad de una ametralladora. Pero no completó la última, dándose cuenta que había estado a punto de cometer una imprudencia al mencionar casi el nombre del dueño de la mansión.

—Pues, sencillamente, vine a ver qué había sido de mi hermano.

—¡¡Queee...!! ¿Forgan... Clarimont... tu... hermano? —aulló el joven.

Abisag asintió.

—Sí, ¿no lo sabías?

—Nunca me lo habías dicho —exclamó él con tono acusador—. Pero, ¡tu apellido es Krenn!

—No. Yo también me llamo Clarimont. Lo que pasa es que cuando empecé a actuar, Forgan me exigió que cambiase de apellido. No quería ver el nuestro en las carteleras de anuncios.

Elwo arrugó el ceño.

—¡Hum! Tú... una Clarimont. Tendrás que demostrármelo, ¿por qué no me lo has dicho en todo este tiempo?

Abisag preguntó:

—¿Con quién te vas a casar tú? ¿Conmigo o con mi apellido?

El joven sonrió maliciosamente.

—¡Vaya! —exclamó—. De modo que te has arrepentido, ¿eh?

—No —contestó ella, revolviéndose en su asiento—. Lo que sucede es que... Te di siete días de plazo, ¿no? Todavía te quedan seis, de modo que aún puedo considerarme candidata a tu mano.

—Muchas gracias —dijo él sarcásticamente—. Y ahora, dime, ¿por qué viniste a esta casa?

Abisag le miró fijamente.

—¿No sería mejor —dijo—, que fueras tú quien se explicase? A fin de cuentas, esta casa es de mi hermano y tengo mejores motivos que tú para permanecer en ella.

—¿Cuánto tiempo hace que has notado la falta de Forgan? —preguntó él, sin hacerle caso.

—Bastante. Desde que empecé a actuar, no nos hablábamos apenas y nuestras entrevistas se efectuaban muy de tarde en tarde. Pero de vez en cuando, sin embargo, solía llamarle por fonovisor y hablábamos unos minutos. ¿Temes que le haya sucedido algo? —preguntó de repente.

—Ando investigando un viajecito que hizo tu hermano en un cronomóvil.

Abisag levantó las cejas.

—¿Cronomóvil? ¿Y por qué habría de querer él viajar a través de los tiempos?

—Cuando lo sepa te daré la respuesta. Y ahora, si me lo permites, empezaré a registrar la casa.

Echó a andar, frotándose de vez en cuanto la región afectada por el golpe. Abisag le siguió, emparejándose con él.

—Elwo —preguntó—, ¿qué haces tú aquí? ¿A qué vienen estas investigaciones? ¿Acaso eres de la policía?

—Digamos que sí —contestó él cautelosamente. La Cronopolicía era una entidad prácticamente abstracta y no convenía ir dando cuatro cuartos al pregonero.

—Pero... mi hermano no ha podido cometer ningún crimen. Era opuesto a la violencia y... y por otra parte, mira a tu alrededor. Le sobraba dinero; tampoco pudo robar.

—Ni el asesinato ni el robo están incluidos en los delitos que haya podido cometer tu hermano, Abisag —contestó el joven, ceñudo—. Pero hay otras formas de delinquir que...

Se detuvo ante una puerta, que aparecía cerrada con llave. Forcejeó con el pomo, sin conseguir abrirla.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El despacho —contestó Abisag—. Aquí es donde mi hermano acostumbraba a trabajar.

—Está cerrado con llave. ¿La tienes tú?

Abisag meneó la cabeza.

—No. Las dos últimas veces que estuve no me dejó penetrar en este gabinete. Salió fuera, cerró con llave y hablamos en el recibidor.

—Bien, de todas formas, yo tengo aquí algo que abre todas las puertas. —Y una vez más volvió a usar la cronopistola—. Tu hermano se pondrá furioso cuando vea que le hemos estropeado dos cerraduras, pero…

Buscó el mando de polarización de los vidrios, volviéndolos transparentes. La luz penetró en el acto, dejando ver un gabinete de trabajo muy bien cuidado.

—¡Qué tío! —exclamó el joven—. Oye, tu hermano debía de estar forrado, ¿eh? ¡Tiene libros y todo!

—Sí —contestó Abisag—; pero me disgusta que hables de él en ese tono.

—Bueno, dispensa —murmuró Elwo, sin hacerle mucho caso, pues ya estaba rebuscando en la habitación.

Husmeó carpetas y cajones, sin dejar de mirar por todos los estantes. En aquella época, en que el proyector de microfotografías era lo corriente, los libros resultaban objetos raros y allí los había a millares.

—Bueno —resopló Elwo una hora más tarde—. No sé qué diablos tendría aquí guardado tu hermano, pero no veo nada de particular. A menos, a primera vista. ¿Quieres un cigarrillo?

Abisag denegó con la cabeza.

—La voz, ¿eh? —dijo él, sarcástico, y mientras expulsaba el humo, se sentó en el cómodo sillón que había tras la enorme mesa de despacho.

Permaneció unos momentos, con los ojos entrecerrados, tratando de hallar una solución al asunto, sin poder encontrarla, por más esfuerzos que hacía. De pronto, su vista se fijó en algo en que no había reparado hasta entonces. Tiró el cigarrillo a un lado, sin cuidarse mucho de dónde caía, y alargó la mano, tirando con dos dedos del objeto recién descubierto.

Era una hoja de papel, una de cuyas esquinas asomaba ligeramente, apenas un par de centímetros, por debajo de uno de los tableros de la mesa. Elwo tiró con suavidad, con el fin de no rasgar el papel, hasta que lo tuvo todo fuera.

Entonces lo desplegó, ante la creciente curiosidad de la muchacha, dándose cuenta que era un documento de una época antiquísima.

—¡Cronos! —exclamó, estupefacto—. Fíjate, Abisag; es del mes de julio de 1987.

La miró, lleno de alegría.

—Esto nos da una pista, Abisag. Ahora ya no nos cabe la menor duda de la época a que viajó tu hermano. Veamos qué dice esta hoja de periódico.

Empezó a leer los títulos. No había nada de particular en la cara por lo que volvió la hoja. De pronto lanzó una exclamación.

—¡Mira, Abisag!

La muchacha se colocó a su lado, leyendo por encima de su hombro. A las primeras de cambio comprendió los motivos de la extrañeza de Elwo.

Había un artículo en aquel periódico que, indudablemente, también había llamado la atención a su hermano.

¿REALIDAD O FANTASÍA?

Los rumores de que el doctor Shawn Conestry, reputado investigador científico, había logrado algo sensacional en el campo de los inventos, parecen tener cierta base. Según nuestras informaciones, el doctor Conestry está investigando con una máquina de su propia invención, la cual permite traslaciones extradimensionales a los seres humanos. Desplazado uno de sus redactores a su residencia, Riverside Wood 2802, ha conseguido entrevistarse con el reputado científico, quien, de momento, no niega ni afirma nada de lo que se murmura por ahí. De ser ciertos estos rumores, el invento del doctor Conestry bien podría ser calificado como el más grande de todas las épocas, desde el de la pólvora, ya que la traslación extradimensional, es decir, fuera de las dimensiones habituales en que nos movemos los humanos, no significa ni más ni menos que poder viajar a través de los tiempos tanto hacia adelante como hacia atrás. ¿Se hará realidad la vieja fantasía de H. G. Wells, "La Máquina del Tiempo"? ¿O solamente se trata de, como dicen los franceses, un vulgar canard, un petardo hecho estallar solamente con

ánimo de conseguir un poco de publicidad? Quisiéramos tener a mano una de esas maquinitas para poder trasladarnos a un futuro no muy lejano y así regresar a nuestra era con una información más exacta que ésta que damos a nuestros lectores.

Elwo alzó la vista, fijándola en los verdosos ojos de la muchacha.

—Tu hermano fue a ver qué ocurría en el año 1987 —dijo. Luego, pensativo, añadió—: La primera máquina del tiempo, es decir, el primer cronomóvil, entró en funcionamiento el año 2063, lo cual significa una diferencia de tres cuartos de siglo con las investigaciones del doctor Conestry.

Una súbita sospecha se le ocurrió de pronto, haciéndole palidecer.

—¡Eh! —exclamó—. A ver si a Forgan se le metió en la cabeza ayudar al doctor Conestry.

—¿Qué tendría ello de particular? —preguntó la joven.

—¿Qué tendría de particular? ¡Cronos! ¿Te das cuenta de lo que podría suceder si Forgan se entrometiese en el pasado de la humanidad? La máquina del tiempo no funcionó hasta el año 2063, lo cual significa que es muy poco probable que fuese el doctor Conestry el que la inventase. Tuvieron que pasar setenta y seis años antes de que...

Sin levantarse del sillón, alargó el brazo y atrajo hacia sí el fonovisor que había sobre la mesa.

—Nena —dijo, en tanto marcaba un número—, ¿quieres entretenerte en quitar el polvo que invade todo esto? Hay que ver lo descuidados que son algunos... ¡Oiga! ¿Departamento de Archivo? ¿Sí? Habla el agente Cranall. Necesito que me busquen unos datos inmediatamente... ¿Cómo? No me replique; esto es prioridad absoluta y si no me cree, llamaré al doctor Shampler... Escuche, tome nota. Doctor Shawn Conestry. Investigador. Vivía en el año 1987 en Nueva York. Quizá no haga falta, pero, por si acaso, le daré su dirección. Apunte: Riverside Wood 2802. Bien, eso es. Espero... Tome nota de mi número... ¡Oiga! Sobre todo necesito saber la fecha de su fallecimiento. También el género de investigaciones a que se dedicaba, ¿me entiende? Despache esta información urgentemente. Le espero aquí mismo, ¿me oye? —Y cortó.

Cuando terminó, vio que Abisag le miraba con ojos de pasmo.

—Estás más bonita que nunca, preciosa —dijo—. ¿Por qué me miras así?

—Elwo —dijo ella, recobrándose—, ¿qué clase de agente eres tú? Hasta ahora me dijiste que tenías un buen puesto en una oficina del gobierno, pero nunca mencionaste que pertenecieras a la policía.

—Y no pertenezco a ella, en realidad —contestó Elwo de mala gana—. Lo mío sigue otro camino bien distinto.

—¿Qué haces, por favor? Se trata ahora de dos personas: de ti y de mi hermano. Y a los dos os quiero. Por tanto, creo que me siento con el derecho de saber qué haces.

Elwo volvió a prender fuego a otro pitillo.

—Está bien —gruñó—. Te lo diré, pero tienes que prometerme mantener el secreto, ¿estamos?

Ella alzó la mano.

—Voy a ser tu esposa —dijo—. ¿No te parece eso suficiente?

—¡Hum! —masculló el joven—. Bien, para que descanses, te diré que pertenezco a la Cronopolicía, un organismo muy secreto que vigila para que no se cometan infracciones a lo largo de la carrera del tiempo. Tenemos vivas sospechas de que se ha cometido o está a punto de cometerse una y queremos evitarlo, eso es todo.

—¿Y mi hermano está complicado en el asunto?

—Hasta ahora, parece ser que todos los síntomas apuntan hacia él. Lamento tener que comunicártelo, nena; pero de nada serviría andar con paños calientes.

Sonó el zumbador del visófono. Elwo movió la palanquita de contacto.

—El doctor Conestry murió el año 1987, en septiembre, como consecuencia de una explosión que destrozó por completo su laboratorio. Solamente pudieron encontrarse de él pequeños restos, apenas identificables. Se decía que estaba trabajando en la construcción de un cronomóvil y, efectivamente, las investigaciones demostraron la existencia de unos aparatos muy extraños, pero que igualmente quedaron tan destrozados que no se les pudo reconstruir para demostrar la veracidad de las pesquisas. Eso es todo, señor.

Elwo cortó la comunicación.

—Bien, gracias —murmuró pensativo—. Bueno, vamos adelantando poco a poco. Ahora, sólo falta hacer una pequeña

exploración con el cronoscopio. Conocemos la época y conocemos el lugar, de modo que...

—¿Qué es el cronoscopio? —preguntó ella extrañada.

—Pues... algo que sirve para explorar a través del tiempo. El telescopio explora a través de las estrellas, el microscopio explora los mundos infinitamente pequeños...

—Entiendo —murmuró la joven; y en aquel momento, Elwo, sumamente pensativo, se reclinó por completo en el respaldo del sillón.

Entonces ocurrió algo muy extraño. Sonó un chasquido y un trozo de lienzo de la pared frontera empezó a girar en torno a unas bien engrasadas charnelas.

—¡Mira! —exclamó la muchacha, señalando hacia la puerta que se abría frente a ellos.

Elwo se puso en pie, contemplando asombrado la escalera que comenzaba en el mismo marco de la puerta y que descendía hacia el suelo.

—¡Cronos! —exclamó, desconcertado—. ¡Esto no me lo esperaba yo!

Caminó cautelosamente, acercándose al primer peldaño.

—¡Cuidado! —gritó Abisag, cogiéndole por el brazo.

Elwo examinó la escalera, lleno de estupefacción. Los peldaños, como la de acceso a la mansión, eran transparentes y al final de ellos, una docena de metros más abajo, se veía la entreabierta puerta de un sótano, brillantemente iluminado.

Miró en torno a él, terriblemente intrigado.

Dijo:

—¿Cómo es posible que esta escalera no se vea desde el exterior?

Meditó unos momentos. De pronto, dando media vuelta, echó a correr.

Salió fuera y descendió al jardín, yendo a situarse bajo las ventanas de la biblioteca, seguido por Abisag quien, sin comprender los motivos de su actuación, estaba lo suficientemente atemorizada como para no separarse de él bajo ningún pretexto.

Elwo examinó el suelo de la casa. No se veía el menor rastro de la escalera.

—Y sin embargo, existe —masculló entre dientes.

Para mejor comprobarlo, avanzó cautelosamente hacia el sitio en que suponía debían hallarse los peldaños. Pero no tuvo el menor tropiezo, cosa que no dejó de intrigarle bastante.

Dio varios paseos en distintas direcciones, siempre bajo la casa y procurando tropezar con la misteriosa escalera, mas todos sus esfuerzos resultaron infructuosos.

—Volvamos arriba —dijo, al cabo de un buen rato.

—Elwo —preguntó la muchacha—, ¿por qué no se ve la escalera desde aquí abajo?

—Seguramente se halla situada en un plano extradimensional al nuestro, de tal forma que sólo puede verse desde el despacho de tu hermano. Y al mover el sillón involuntariamente, he puesto en marcha el mecanismo que la hace aparecer.

Efectivamente, un par de movimientos con el respaldo del sillón, acabaron de confirmar su teoría.

—Bien —exclamó—, pues ahora ya no nos queda más que una cosa que hacer: ver lo que hay en ese dichoso sótano.

Llegó a la puerta y puso el pie en el primer peldaño. Entonces sintió sobre su brazo la mano de Abisag.

—Ten cuidado, Elwo —le dijo ella, suplicante. El joven palmeó suavemente la bronceada mejilla de la muchacha.

—Descuida, Abbie, quiero que uses esa licencia que guardas en tu bolso. —Y empezó el descenso.

Treinta segundos más tarde, había llegado al fondo, encontrándose en un sótano completamente cuadrado, en cuyo techo se veía el emisor de los rayos de luz difusa que alumbraba brillantemente la estancia.

En el centro había un objeto de forma semiesférica, acercándose un tanto a la ovoidal. A Elwo no le extrañó en absoluto hallar allí un cronomóvil.

CAPÍTULO V

S

alvo ellos dos y el cronomóvil, no había nada más en la habitación de aquel sótano, situado en una dimensión no corriente

que le hacía ser invisible desde el exterior.

Se acercó al aparato, examinándolo con todo cuidado. Era uno de los del Departamento Temporal, de ello no cabía la menor duda.

El cronomóvil no era de los más grandes. Tenía solamente dos asientos bajo la cúpula transparente semiesférica que lo cerraba, aislándolo del exterior, situados el uno al lado del otro. Se veían los mandos fraccionales de tiempo, el cronoscopio con su mando correspondiente de desplazamiento en el espacio y el mando extradimensional para, si se deseaba, situarse, una vez llegado a una época determinada, en una dimensión fuera de lo corriente, a fin de ver sin ser visto por las gentes de la época a la cual se había viajado. El aparato, en fin, llevaba el Sello del Departamento Temporal para acabar de corroborar las sospechas del joven. Elwo se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Abisag, muy extrañada.

—Tiene gracia —dijo él—. Hasta ahora, nuestro Departamento había sido considerado como cosa ultra secreta y ultra guardada. Y he aquí que, de pronto, desaparecen las cronopistolas y los cronomóviles como si fuesen caramelos en la puerta de una escuela. Lo raro es que no hayan sucedido más crímenes.

Abisag se estremeció.

—¡Cómo! ¿Quién te ha dicho que hay crímenes?

—Después de las cosas que están pasando, lo lógico es que se hayan producido o estén a punto de producirse. Si supiéramos cómo, dónde y cuándo, quizá pudiéramos evitarlo.

—Tenía entendido que no es posible inmiscuirse en la carrera del tiempo de determinada persona, so pena de provocar un cronoclismo en el futuro.

—Cierto —contestó Elwo—. Yo no puedo evitar, aun sabiéndolo, que una persona del siglo XX, por ejemplo, mate a otra que vivió en su misma era. Hacerlo sería alterar la historia. Pero si una de nuestra época ha viajado a ese siglo con ánimo de matar a otra, también de nuestra era, entonces sí puedo intervenir. Sus disputas han de producirse en la época en que viven, no en otra anterior ni posterior, ¿comprendes?

Abisag asintió.

—No he viajado nunca en uno de estos artefactos —dijo.

Una súbita idea brilló en la mente del joven.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Pues…

Elwo la tomó por un brazo, introduciéndola en el aparato a través de la abertura que se veía a uno de sus costados.

—Siéntate —dijo, haciéndolo él en el sillón contiguo.

Cerró la portezuela y empezó a manipular los mandos.

—¿A qué época vamos, Elwo?

—A septiembre de 1987. Quiero presenciar la explosión que destruyó el laboratorio del doctor Conestry.

Primeramente situó los mandos temporales en la fecha indicada. Luego manejó el cronoscopio, buscando el lugar donde había vivido la persona que deseaban estudiar y, cuando lo hubo hallado, manejó el mando de espacio, situando acto seguido el aparato en extradimensión, con el fin de no hacerse visibles desde el exterior.

Una vez realizadas todas estas operaciones, oprimió el botón de arranque.

La luz del sótano desapareció casi de inmediato, siendo sustituida por una difusa claridad de tonos grisáceos, en medio de la cual se veían de vez en cuando lívidos relámpagos.

La vista del joven estaba clavada en la esfera indicadora de las fracciones de tiempo. Cuando vio que llegaban al siglo XX, año 87, mes de septiembre, detuvo el aparato, sin preocuparse mucho de la fecha.

Inmediatamente se hizo la luz en torno a él.

Abisag soltó una exclamación.

—¿Qué te sucede? —inquirió él.

—Nada. Creí… Esto no tiene nada de particular, Elwo.

—Y ¿por qué habría de tenerlo? Sólo hay nueve siglos de diferencia con nuestra época. Para encontrar el paisaje algo distinto tienes que remontarte a las edades prehistóricas, al período carbonífero, por ejemplo. Pero ahora… ¡Mira, aquella casa debe ser la del doctor Conestry!

Abisag miró hacia el lugar indicado. Entre unos árboles frondosos se veía un edificio, cuyos detalles apenas si podían ser percibidos a causa de la vegetación que lo rodeaba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la joven.

Elwo se mordió los labios, vacilando. Miró su reloj. Eran las cuatro y media de la tarde.

Súbitamente, un hombre apareció frente a ellos. Llevaba un perro al lado y en la mano una escopeta de dos cañones.

Abisag lanzó un gritito.

—¡Elwo! ¡Ese hombre nos va a ver!

—No te preocupes, tontita —dijo él—. Está en una dimensión completamente distinta a la nuestra y ni siquiera es capaz de sospechar que existimos.

Abisag exclamó:

—Lleva un arma en la mano.

—Está cazando.

El cazador siguió su camino, acercándose cada vez más al cronomóvil. Llegó un momento en que se situó a menos de un metro del artefacto.

En aquel instante, el individuo se echó la escopeta a la cara. La distancia era tan corta, que la boca de los dos cañones rozaba la pared transparente del cronomóvil.

No muy segura de las manifestaciones de su acompañante, Abisag se oprimió contra éste con fuerza, mirando al cazador con ojos desorbitados.

Vieron el fogonazo de los disparos, pero no percibieron el menor ruido. El cazador debía haber hecho blanco, porque apareció una expresión de contento en su rostro. Gritó algo a su can y éste salió disparado, "pasando a través del cronomóvil y de sus ocupantes".

El cazador siguió al animal por el mismo camino.

—Jamás sabrá ese hombre que ha sido observado por dos seres que viven nueve siglos después de él.

—Eso... es porque nos hallamos situados extradimensionalmente con respecto a él, ¿no es así?

—Cierto —contestó Elwo.

—¿Y si ahora quisiésemos salir?

—Basta con abrir la puerta. En el momento en que sales al exterior, te personas también en la dimensión normal.

—Bien. Entonces, ¿por qué no vamos a ver lo que hace el profesor?

Elwo miró los indicadores de tiempo.

—Tendremos que trasladarnos a la noche de este día.

—¿Por qué? Situados en otro plano, podrías, incluso, introducirte en casa del doctor Conestry y observar sin ser visto.

—Cierto, pero no olvidemos que él está trabajando actualmente en la construcción de un cronomóvil. Dos aparatos de éstos no pueden estar muy juntos. Se corre el peligro de una grave distorsión del tiempo que envíe a sus ocupantes a una época de la cual no se pueda regresar jamás, ¿me comprendes?

Elwo movió un botón y al instante se hizo de noche. Las horas que faltaban para que el día terminase, fueron recorridas en un santiamén.

Abrió la portezuela y salió fuera. Extendió la mano para ayudar a bajar a la muchacha.

Abisag respiró a pleno pulmón el fresco aire de la noche.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó.

—Cierto, pero no olvides que ahora eres visible y —le oprimió la mano con suavidad—, palpable. De modo que cuidado con los ruidos y no hagas nada que pueda delatar nuestra presencia.

Caminaron en silencio, cogidos de la mano, hasta llegar a la casa, cuyas ventanas estaban brillantemente iluminadas. Pero al acercarse para mirar, sufrieron la gran decepción. Los cristales eran translúcidos solamente, de modo que no podía verse lo que sucedía en el interior.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —cuchicheó Abisag.

—Entrar en la casa, claro.

Ella preguntó:

—¿Cómo?

—Por la puerta... o por donde podamos. Ven —y tiró de la mano de la muchacha, arrastrándola tras de sí.

Contornearon el edificio, bastante grande y destartalado, hasta llegar a la puerta de acceso al mismo, que se hallaba completamente cerrada. Elwo masculló algo entre dientes.

—Tendremos que buscar otra —dijo, y siguió la vuelta.

Un minuto más tarde se detuvo ante una puertecita, para llegar a la cual era preciso descender media docena de escalones. Tanteó la cerradura de la misma, hallándola abierta.

—Vamos —susurró, pero ella no se movió—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué te quedas ahí parada?

—Tengo miedo —contestó Abisag.

—¿Miedo... de qué? ¡Vamos... no seas tonta! —gruñó él, tirando de su mano. Penetraron en el sótano y al instante fueron envueltos

por las tinieblas.

Caminaron a tientas, puesto que no se veía el menor rayo de luz. De pronto, Elwo tropezó con algo, derribándolo en medio de un fenomenal estruendo. El bidón vacío de combustible resonó fragorosamente.

—Tú eras el que no quería hacer ningún ruido —dijo ella sarcásticamente.

Elwo no hizo caso de la pulla. Arrastrándola, se escondió con ella detrás de una pila de cajones y bultos de embalaje vacíos.

Aguardaron unos momentos en silencio. De pronto, la puerta del sótano se abrió y alguien lanzó un refunfuño.

—¡Malditos gatos! —exclamó la voz, de hombre por su tono. Sólo podían verle la silueta, pero no el rostro, ya que estaba a contraluz.

Sin embargo, pudieron advertir que tenía bastante edad, a juzgar por la blancura de sus cabellos. Entonces supieron que estaban frente al doctor Conestry.

El doctor gruñó durante unos segundos más y luego cerró la puerta, marchándose. Elwo y Abisag se incorporaron.

—¡Uf! —exclamó él—. ¡Qué desastre si nos llega a ver!

—¿Cuál es tu próximo paso? —preguntó ella.

—Asomarnos a su laboratorio y ver qué es lo que está haciendo. Sígueme.

Aunque la oscuridad había vuelto al sótano, ahora ya estaban orientados de modo que les fue fácil llegar hasta la puerta que daba acceso al edificio. La abrieron, encontrándose ante un corredor medianamente iluminado.

Lo atravesaron cautelosamente, hasta llegar a una especie de vestíbulo de buen tamaño. Había allí varias puertas, lo cual les hizo vacilar.

De pronto, oyeron pasos en una habitación vecina. Los pasos se acercaron.

Elwo miró en torno a él, buscando un refugio. Finalmente, decidió situarse bajo la escalera que daba a las habitaciones del piso alto, corriendo con todos los riesgos de ser descubierto.

La puerta se abrió y por ella salió un individuo vestido con una bata blanca, muy sucia, el cual caminaba con la cabeza gacha, como sumido en sus más íntimos pensamientos.

Como buen sabio, el doctor Conestry estaba completamente absorto en sus problemas, por lo que, aunque hubiesen sido visibles, él no habría advertido la presencia de la pareja en su casa. Ensimismado, hablaba a media voz consigo mismo.

—Quisiera saber dónde se habrá podido meter Peter —mascullaba—. Un hombre tan listo… tan inteligente… Entre él y yo hubiésemos podido terminar mi máquina del tiempo… Pero ahora… francamente, estoy un poco perdido… Tendré que comenzar de nuevo y…

La voz del doctor Conestry se perdió cuando hubo desaparecido en el piso superior. Entonces, Elwo y Abisag se miraron mutuamente.

Esperaron aún durante unos minutos, al cabo de los cuales, seguros ya de que el doctor no bajaría, salieron de su escondite.

—Vamos al laboratorio —cuchicheó él. Caminando de puntillas, cruzaron el vestíbulo. La puerta del laboratorio estaba abierta de par en par y las luces encendidas.

Cruzaron el umbral, situándose a un lado para no ser vistos desde el exterior. Una vez allí, contemplaron absortos el panorama que se ofrecía a sus ojos.

En el centro había un aparato de utilidad desconocida, pero que presentaba vagas semejanzas con el que les había traído hasta aquella era. El aparato estaba unido por medio de cables a una serie de artefactos de control y medida, provistos todos de sus esférulas graduales como indicadores, que debían servir sin duda para el control de las operaciones realizadas con el primero.

La habitación era muy amplia y allí hubieran cabido cómodamente hasta cuatro cronomóviles. En uno de los lados se veía un gran banco de trabajo, provisto de todas las herramientas necesarias, sin duda porque el doctor en persona se construía los propios accesorios de su aparato.

Elwo meneó la cabeza viendo todo aquello.

—No creo que llegue a nada práctico —murmuró.

—Morirá en la explosión del laboratorio, recuerda. ¿No podríamos hacer algo para evitarlo?

—No veo cómo. Esto sería interferirnos en la carrera del tiempo.

—Pero… ese hombre está condenado a una muerte horrible, Elwo.

—No veo cómo evitarlo, querida.

—Podrías hacer… que muriese de otra forma menos horrible.

—Y entonces, a lo mejor, resultaba indemne y concluía su máquina del tiempo. No, Abbie, es mejor dejar que sigan las cosas tal como están. Un hombre puede trasladarse a la Era Secundaria y matar un diplodocos. Eso no altera para nada la historia de la humanidad, porque entonces no había aparecido todavía el primer hombre. Pero después de esto, no puede arriesgarse siquiera a matar un conejo. Este conejo, por ejemplo, podría salvar de la muerte por inanición a una persona, y si nosotros lo matásemos, esa persona moriría fuera de su hora, produciendo una serie de trastornos temporales que no somos capaces de imaginarnos tan siquiera.

La muchacha suspiró.

—Bien, puesto que no estás en condiciones de evitar la catástrofe, ¿qué piensas hacer ahora?

—Regresar a nuestra época —dijo Elwo—. He de realizar todavía algunas investigaciones. Por qué tenía tu hermano el cronomóvil en casa, por qué en el Departamento Temporal no señalaron su falta… dónde está la cronopistola que no aparece…

Elwo se interrumpió de pronto.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella.

—¡Pssst…! —Elwo impuso silencio. Luego, cogiendo a la muchacha, la arrastró hacia la pared contigua a la puerta, aplastándose contra ella—. Viene alguien —susurró.

Unos pasos cautelosos sonaron cerca de la estancia. Era evidente que alguien se acercaba al laboratorio y ese alguien, a juzgar por su modo furtivo de actuar, no era el profesor.

El hombre llegó a la puerta, tras una de cuyas hojas estaban escondidos los dos. Cruzó lentamente el umbral y se detuvo a unos pasos del mismo, contemplando tranquilamente la escena.

Elwo vio que los ojos de Abisag se dilataban por el asombro. También advirtió que la muchacha abría la boca para lanzar una exclamación, pero su mano fue más rápida y cortó el grito antes de que se iniciara.

El hombre se acercó al cronomóvil, contemplado curiosamente por la pareja. Trasteó en torno al mismo, dándole la vuelta y, de repente, sucedió lo que se esperaba: vio a Elwo y a Abisag.

—¡Querida hermanita! —exclamó al cabo de unos segundos Forgan Clarimont.

CAPÍTULO VI

Para entonces, Elwo ya se había dispuesto a actuar. Tenía la cronopistola en la mano, con el indicativo de "Tiempo Actual", de modo que podía disparar con ella en cualquier momento, y la boca del arma encañonaba rectamente al pecho del hermano de Abisag.

Forgan Clarimont parpadeó unos segundos al verse encañonado por el arma. Luego se echó a reír.

—¿Quién es este tipo tan truculento que te acompaña, Abisag? —preguntó divertido, sin dejar de reír.

Abisag fue a contestar, pero él se adelantó.

—Me presentaré yo mismo, señor Clarimont. Me llamo Elwo Cranall y soy agente de la Cronopolicía.

—Cronopolicía —repitió Forgan lentamente—. Un organismo del que se oye hablar a veces, pero cuya existencia se pone en duda.

—Para usted no hay ya duda alguna, Clarimont —exclamó Elwo —. Yo soy uno de los miembros de ese cuerpo y le intimo oficialmente a que manifieste lo que está haciendo aquí.

Forgan arrugó el ceño.

—No creo que deba darle explicaciones de ninguna clase —dijo, y echó a andar hacia la puerta.

Elwo extendió el brazo, deteniendo la acción del hermano de Abisag.

—Poco a poco, Clarimont. No tenga tanta prisa. Antes tenemos que hablar usted y yo.

Forgan volvió a mirar a la muchacha. Sonrió despectivamente.

—La verdad, Abisag, que desde que te dedicaste a la canción, te rozas con ciertas gentes que no se puede decir sean muy recomendables. ¿De dónde has sacado a este individuo?

—Este individuo es mi prometido y voy a casarme con él, Forgan —declaró ella con firmeza.

Clarimont arqueó las cejas. Pero Elwo no le dejó tiempo de

hablar.

—No estamos aquí ahora para discutir las relaciones que me unen con su hermana, Clarimont, sino para aclarar los motivos que le han traído fraudulentamente a esta era. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué se vino desde el siglo XXIX al presente? ¿Cuáles son sus intenciones?

—¡Caramba! Pregunta usted más que un fiscal, Cranall —rió Clarimont, que había recuperado de nuevo su aplomo—. ¿Qué sucedería si yo me negase a contestarle?

—Tenga en cuenta que mi requerimiento es oficial, que pertenezco a la Cronopolicía y que, en mi carácter de agente del citado cuerpo, soy testigo jurado. Por lo tanto, todo lo que yo pudiera manifestar contra usted en un tribunal de nuestra época, tendría la misma validez que si hubiese sido grabado y sería una prueba que podría constituir perjuicio para usted.

Forgan frunció el ceño.

—Está usted dando por sentado que he cometido un acto delictivo.

—En la forma que ha utilizado el cronomóvil, es lógico suponerlo.

—Pero no puede demostrarlo —arguyó Forgan.

—No se me ha ocurrido hacerlo, pero no tardaré mucho. Todo cronomóvil registra automáticamente los viajes que se hacen. El suyo tendrá también registrados los que hizo con usted dentro. Sabiendo las épocas que visitó, es más fácil deducir sus actividades.

—Conozco la maquinaria de un cronomóvil y sé que se registran los viajes. En mi caso —rió ampliamente Forgan— no será necesario que consulte el registro. No me he movido de esta época.

—¿Por qué ha instalado en su domicilio un sótano extradimensional?

Forgan se envaró.

—Eso es cuenta mía, Cranall.

—No tanto como se cree. Lugares como ésos están estrictamente prohibidos por la ley. La sola posesión de un sótano de tales cualidades podría crearle un grave conflicto.

—Admitamos que sea así. ¿Y si utilizo dicho sótano para entrar y salir en los dos siglos, el XX y el XXIX?

—Cuando el cronomóvil no está de viaje, debe permanecer en

los hangares de la Estación del Tiempo. Usted lo está reteniendo ilegalmente al guardarlo en su casa.

Forgan volvió a reír una vez más.

—Es usted un leguleyo incorregible, Cranall. Veo que no tengo escapatoria.

—No, no la tiene, Clarimont. Y para demostrárselo, se vendrá ahora mismo detenido con nosotros, para que explique ante el Tribunal Temporal los motivos de su incomprensible manera de actuar.

—Podría negarme a ello, Cranall. Hasta ahora no tengo más pruebas de que pertenece a la Cronopolicía que su simple palabra.

—No busque vanos subterfugios, Clarimont. Es la primera vez que nos vemos, pero sabe perfectamente que no miento. Además, tengo medios sobrados para obligarle a venir conmigo.

—¿Por ejemplo?

Elwo palmeó con la mano izquierda el cañón de la cronopistola.

—Esto —dijo secamente.

Abisag exhaló un grito.

—¡Elwo! No puedes tratar a mi hermano como si fuera un vulgar criminal. Estoy segura de que él no ha cometido ningún hecho delictivo.

—Bien, entonces que venga conmigo y nos acompañe. Podrá presentar sus descargos ante el Tribunal del Tiempo. ¡Vamos, Clarimont!

Éste vaciló unos segundos. Después, echó a andar, pasando por delante de los dos jóvenes.

De pronto, echó a correr.

Abisag gritó.

—¡Calla! —gruñó Elwo, exasperado—. Vas a despertar al doctor Conestry. ¡Ven conmigo!

Corrieron los dos, saliendo por la puerta principal que Clarimont había dejado abierta. Descendieron los cuatro o cinco peldaños que había hasta el suelo del jardín y luego siguieron sus pasos.

La luz de la luna iluminaba claramente la silueta del fugitivo. Al ver la dirección que éste tomaba, Elwo exhaló una imprecación.

—¡Se dirige hacia el cronomóvil! —aulló.

Soltó la trémula mano de la muchacha y aceleró su paso.

—¡Clarimont! —le intimó—. Deténgase o disparo.

Pero el otro no le hizo el menor caso. Continuó corriendo desesperadamente, a lo que parecía, con ánimo de alcanzar el cronomóvil.

Clarimont llegó hasta el vehículo temporal. Abrió la portezuela.

Elwo se dio cuenta de que si no hacía algo, el individuo se le escaparía. En consecuencia, apretó el gatillo y disparó.

No hubo ningún ruido, no se percibió tampoco el menor siseo del proyectil. Pero éste pasó rozando la mano de Clarimont, de tal modo que le hizo respingar involuntariamente y dio un paso hacia atrás.

Aquel par de segundos resultaron preciosos para el joven. En dos saltos estuvo sobre el fugitivo, agarrándole por el cuello de la camisa y echándole hacia atrás sin contemplaciones, cuando ya se introducía en el artefacto.

Clarimont intentó resistirse. Pero la mano del joven le golpeó duramente en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo.

Antes de que pudiera recuperarse, Elwo levantó el brazo derecho. Golpeó con el antebrazo la mandíbula de su oponente y lo derribó al suelo.

Abisag llegó hasta él, increpándole duramente.

—¡Canalla! ¡Tratar así a mi hermano! ¡Te odio, Elwo Cranall! ¡Te odio! No vuelvas a dirigirme más la palabra en tu vida, ¿me entiendes? ¡Jamás! —Y se arrodilló junto a su hermano, todavía semiinconsciente.

Elwo contempló ceñudo la escena, sin pronunciar palabra. Clarimont se puso en pie al cabo de unos minutos, ayudado por su hermana, pero todavía visiblemente aturdido.

—¡Cronos! —masculló—. ¡Vaya una manera de golpear, Cranall!

—Lo siento —contestó el joven secamente—. Pero nadie más que usted tiene la culpa de lo sucedido. Espero —añadió— que a partir de ahora se someterá y no volverá a intentar nada para fugarse.

Clarimont sonrió, mientras se tanteaba la mandíbula.

—No podría hacerlo, amigo —dijo. Se volvió hacia la muchacha —. Hermana, estoy seguro de que el señor Cranall será un magnífico marido para ti. Nunca habrá discusiones en vuestro matrimonio, desde aquí lo predigo.

—No me casaré con él —exclamó ella, rabiosa—. En cuanto

llegue a nuestra era…

—Por cierto —exclamó Clarimont—, éste es un asunto que hay que solucionar, Cranall. El cronomóvil es de dos plazas. Nosotros somos tres. ¿Cuál de nosotros va a viajar en el techo?

Elwo no reía.

—Su hermana irá sentada en sus rodillas, Clarimont. Podría dejarla aquí mientras le llevaba a usted a nuestro siglo, pero no deseo correr el menor riesgo. Vamos, hagan el favor de pasar.

Primero entró Clarimont, después Abisag, quien se sentó, como Elwo había dicho, sobre las rodillas de su hermano, y luego el joven. Elwo cerró la puerta y en el mismo instante, las manos de la muchacha empezaron a volar sobre el teclado.

Antes de que Elwo pudiera impedirlo, Abisag tocó el botón de arranque. El cielo, la luna y las estrellas desaparecieron instantáneamente de la vista de los tres ocupantes del vehículo.

—¿Qué haces? —aulló el joven.

Clarimont se echó a reír sonoramente.

—¡Bravo, hermanita! Se ve que, a pesar de todo, la sangre tira, ¿eh?

Los chispazos lívidos se sucedían ininterrumpidamente en medio del grisáceo panorama que rodeaba por completo el cronomóvil. Los ojos de Elwo, fijos hipnóticamente en los contadores de tiempo del cuadro de mandos, contemplaban el rápido desfile de las edades.

—¿Adónde vamos, Cranall? —preguntó Forgan.

Éste sacudió la cabeza.

—No lo sé. No he tenido tiempo de ver la fecha que ha marcado su preciosa hermanita.

—¿Cuál es, Abisag?

Ésta se encogió de hombros.

—No lo sé. He golpeado al azar los cronoimpulsores. A algún sitio, desde luego.

—¿No puede usted detener el aparato? —preguntó Clarimont.

—Demasiado sabe que no —refunfuñó el joven—. Es preciso llegar a la fecha señalada y volver a marcar en sentido inverso cuando se desea regresar. Si ahora lo hiciera, mi gesto sería completamente inoperante.

—Bien —suspiró Forgan—, entonces no nos queda sino esperar.

Elwo miró uno de los contadores. Ya estaban en el siglo sesenta y no daba señales de detenerse el aparato. Sólo sabía que iban hacia el futuro... pero ¿en qué año se detendrían?

El cronomóvil continuó viajando a través de las edades. Súbitamente, cuando menos lo esperaban, la aguja de los siglos se detuvo en el número 218.

Elwo se pasó una mano por la frente, encontrándola llena de sudor.

—¡Estamos en el año 21700! —exclamó, aturdido.

—¡Miren! —dijo entonces la muchacha.

Ocupados con el problema de su viaje al siglo CCXVIII, ninguno se había fijado en el panorama que les rodeaba y que no podía ser más sombrío.

Estaban en el borde casi de una playa de pequeños guijarros, contra la cual rompían mansamente las aguas de un mar de sucio color, debido sin duda al tono gris del cielo -en el que no se veía una sola nube- o bien, según pensó Elwo, todo el cielo era una inmensa nube de color plomizo, lisa y sin el menor resquicio que permitiera ver algún trozo azul de la atmósfera, que sin duda debía de haber por encima de aquella deprimente capa.

La playa, salvo en el trozo que descendía para sumirse en el mar, era casi completamente horizontal, lo mismo que el resto del paisaje, que se confundía en el horizonte con aquel cielo gris y deprimente, cuya sola contemplación producía un enervamiento desagradabilísimo.

La única nota que alteraba, de modo relativo, aquella espantosa monotonía, eran algunos árboles de forma extraña, compuestos por un tronco y media docena de ramas retorcidas y desnudas en absoluto de hojas o flores. Parecían olivos muertos y descortezados por la acción implacable del tiempo y en conjunto su número llegaba apenas a las dos docenas, muy esparcidos y separados entre sí.

—¡Dios mío, qué desolación! —exclamó en voz baja la muchacha.

Aquellas sencillas palabras tuvieron la virtud de obrar en el ánimo del joven como un revulsivo.

—Basta ya de contemplaciones —refunfuñó—. Volvamos a nuestra era.

Sus manos volaron por el tablero de mandos, marcando la fecha correcta. Apretó el botón de arranque… ¡y no sucedió nada!

Un frío sudor cubrió instantáneamente la frente de Elwo. Pensar que el aparato había podido sufrir una avería le heló la sangre en las venas.

Sin decir nada, volvió a marcar otra vez las cifras, haciéndolo de un modo lento y pausado, poniendo en ello todo su empeño. Pero, como la vez anterior, el aparato permaneció absolutamente inmóvil en la dimensión del tiempo.

—¿Qué pasa? —inquirió Forgan—. ¿Se ha estropeado?

Elwo no contestó. Estaba muy ocupado intentando averiguar las causas de aquella insólita quietud del cronomóvil.

Después de un tercer intento, tan infructuoso como los anteriores, puso el cronoscopio en funcionamiento. La pantalla se iluminó, pero no apareció en ella la menor imagen.

Tragó saliva. ¿Qué iba a ser de ellos si se quedaban para siempre en aquellos solitarios y lúgubres parajes?

—¿No le encuentra usted la avería, Cranall? —preguntó Clarimont.

El joven sacudió la cabeza.

—Su hermana golpeó a bulto, sin guardar el ritmo debido entre pulsación y pulsación. Le dio a la vez a los siglos y a los minutos, a las horas y a los meses… ¡y ahí tiene usted las consecuencias!

Clarimont miró hacia afuera.

—¡Vaya un aspecto que tiene nuestro mundo en el siglo CCXVIII! —exclamó.

—¿Estamos seguros siquiera de que es “nuestro” mundo? —dijo Elwo.

Las palabras del joven motivaron un helado silencio en el interior del cronomóvil. Forgan fue el primero en romperlo.

—Salgamos fuera —dijo—. Hermanita, tienes un tipo excelente, pero pesas un rato largo. No dudo mucho que tu marido disfrutaría teniéndote así, pero a mí ya me empiezan a doler las rodillas.

Elwo abrió la puerta y salió. Los dos hermanos le siguieron inmediatamente.

Una fría bocanada de aire les asaltó en el momento de abrirse la puerta. A lo lejos se oyó un fúnebre gemido.

Abisag se estremeció.

—¡Dios mío, qué horrible país! —murmuró.

Elwo se inclinó hacia el suelo y tomó un puñado de guijarros.

—Qué catástrofes no habrán ocurrido en estos doscientos y pico de siglos. Todos los guijarros están redondeados por la continua erosión… y —levantó la vista—, no se ve ni una sola montaña. ¿Se habrá nivelado también la superficie de la Tierra?

—¡Hum! Veinte mil años dan mucho de sí, en efecto, pero no me parecen tantos como para producir semejantes efectos en un planeta tan accidentado como el nuestro —contestó Forgan. Luego añadió—: ¿Qué tal si intento reparar la avería?

Elwo le miró con sorpresa.

—¿Sería usted… capaz de hacerlo? —exclamó.

Forgan sonrió enigmáticamente.

—Lo intentaré. Es decir, si usted me lo permite.

—Puedo ayudarle. También yo conozco el mecanismo de los cronomóviles y…

—Gracias, Cranall —contestó el hermano de Abisag—. Estoy seguro de hacerlo yo mismo. No se alejen mucho —recomendó—. En un paraje como éste, resultaría facilísimo perderse.

Elwo miró a la muchacha, la cual, ofendida todavía, volvió el rostro. Entonces, el joven, caminó lentamente hasta situarse muy cerca de la orilla.

Todavía tenía los guijarros en la mano. Ensimismado en sus propios pensamientos, fue arrojándolos uno por uno al agua, contemplando distraídamente los pequeños piques que levantaban al chocar con el líquido.

Sintió pasos detrás de él.

—Elwo —murmuró Abisag.

—¿Qué quieres, Abisag?

Ella no se atrevía a mirarle.

—Verás… Yo… antes he sido un poco injusta contigo. Me irritó la forma en que trataste a mi hermano y… Bueno, ahora veo que tenías una gran parte de razón.

—¿Solo una gran parte? —ironizó él—. Yo diría toda, nena.

—Está bien. Te la daré toda, si tú quieres. Pero… escúchame; a fin de cuentas es mi hermano…

—Y yo soy un agente de la Cronopolicía, para quien el cumplimiento de su deber está por encima de toda otra

consideración. Lo siento —agregó él, después de tan tajante declaración—. Me disgustaría que llegases a formarte una idea falsa de mí, tanto si me aceptas como si me rechazas.

—Bien, supongo que no tienes otro remedio que actuar así. Lo único que te pido es que hagas todo cuanto puedas por Forgan. No… se portó muy bien conmigo y, en cierto modo, es comprensible su actitud; pero, a fin de cuentas, es mi hermano.

Elwo le tomó una mano, que ella no retiró.

—Lo comprendo perfectamente, querida. Desde aquí te aseguro que haré por él cuanto pueda. Sin embargo —se quejó—, Forgan podría colaborar un poco conmigo. Así las cosas saldrían mucho más fáciles.

—¿Colaborar? ¿En qué sentido, Elwo?

—Pues… en primer lugar, tenía un cronomóvil que no le correspondía. Falta una cronopistola… no quiere explicar los motivos de su viaje al siglo XX… Todo esto, bien aclarado, podría serle de mucha utilidad para su defensa.

—Hablaré con él, te lo aseguro. Y si quieres, ahora mismo, mientras que repara el cronomóvil. ¿Te parece bien?

—Las intenciones no pueden ser mejores. Ve y procura convencerle de que él será el primer beneficiado si se explica con toda claridad posible.

Una brillante sonrisa apareció en el rostro de la muchacha.

—De acuerdo, querido —dijo. Luego miró a lo lejos—. ¡Brrr…! ¡Qué país! No me quedaría a vivir en él por todo el oro del mundo.

—Suponiendo que pueda vivirse, que lo dudo. Anda, nena.

Abisag se volvió. Elwo no quiso mirar para atrás, quizá por no darse a entender. Pero sin embargo, supo darse cuenta de que la muchacha no había dado un paso.

—¿Qué te sucede, Abisag? ¿Por qué no…?

Se interrumpió bruscamente.

En tanto formulaba aquellas frases no concluidas, giraba sobre sí mismo. Siguió con la vista la dirección de la mirada de Abisag y, como ella, se quedó convertido en una estatua.

Tenían razón para quedarse inmóviles y llenos de estupefacción.

¡El cronomóvil había desaparecido!

CAPÍTULO VII

E

l viento sopló unos instantes, emitiendo un patético gemido que a los oídos de la pareja sonó como cántico funeral.

Los hombros de la muchacha comenzaron a estremecerse. Elwo vio que se acercaba el ataque de nervios.

La tomó por ambos brazos, mirándola fijamente.

—No te excites —dijo con suavidad—. No pierdas la calma. De lo contrario, las cosas irán todavía mucho peor.

—Elwo —exclamó Abisag—. Estamos perdidos. Nos hallamos a casi veinte mil años de nuestra era. No volveremos nunca a nuestro tiempo. Moriremos

—No —contestó él con firme acento—. No puedo creer tal cosa de tu hermano... a menos que sea un redomado criminal y quiera mantener impunes sus depredaciones.

Incapaz de contenerse por más tiempo, la muchacha escondió su cabeza en el pecho de Elwo y rompió a llorar convulsivamente.

Elwo la dejó que se desahogase en tanto pensaba que, efectivamente, la situación en que se hallaban era bien difícil. Aquel país, fuera de la Tierra o de cualquier otro mundo, era estampa viva de la desolación y, a menos que hubiese peces en su mar, no parecían advertirse otros seres vivientes que ellos mismos.

Unos minutos más tarde, Abisag levantó su rostro y le miró, sonriendo precariamente a través de las lágrimas.

—Soy una tonta —dijo, entre hipido e hipido—. Perdóname, no lo pude remediar.

Elwo le acarició suavemente los cabellos.

—Me hubieses defraudado si no te hubieras portado de esta manera. Así me has demostrado cumplidamente que eres una mujer.

—Oh, Elwo, qué bien sabes dorar la píldora —contestó ella—. ¿De dónde sacas unas palabras tan bonitas?

El joven se echó a reír.

—Se me ocurrió —dijo, simplemente. Luego, rodeó su talle con el brazo—. Ven conmigo.

—¿Adónde?

Elwo dijo:

—Quiero examinar el lugar donde llegamos con el cronomóvil.

No era mucha la distancia, apenas unos cincuenta metros. Pero había una leve diferencia con el nivel de la playa que le permitió ganar algo de alcance visual en sentido horizontal.

—Nada —murmuró al cabo de unos momentos, después de haber girado completamente en torno a sí mismo—. Sólo una desolación absoluta.

—¿Qué haremos, Elwo? —preguntó ella, temerosa y encogida.

—No puedo responderte. Por un lado, me inclino a caminar en un sentido u otro. Por otro, quisiera quedarme aquí y esperar el regreso del cronomóvil. Por primera vez en mi vida, digo la verdad, me siento terriblemente indeciso.

—¿Y si dejásemos aquí alguna señal? Podríamos indicar el camino que habíamos tomado y así Forgan iría a buscarnos.

—No sería mala idea... si tuviese papel y lápiz. Pero esos adminículos son tan raros en nuestro siglo como los aviones a reacción en la Edad Media. ¡Espera! —exclamó de pronto.

Ella le miró esperanzada.

—¿Hacia dónde quieres ir, Abisag?

—¿Qué mas da? —respondió la muchacha, encogiéndose de hombros. Tendió el brazo, indicando una dirección perpendicularmente opuesta al mar—. Hacia allí.

—Bien —murmuró Elwo—, entonces, ayúdame.

Se arrodilló en el suelo y empezó a reunir guijarros, buscando los de color más claro y apartando los oscuros. La muchacha comprendió al instante lo que quería Elwo y le imitó.

No abundaban los guijarros claros, por lo que la labor hubo de prolongarse más tiempo del debido. Pero al terminar, había una flecha de un par de metros de longitud, por diez o doce centímetros de anchura, que indicaba claramente la dirección que pensaban tomar.

Elwo contempló satisfecho su labor.

—Bien —dijo—, el que no se dé cuenta de lo que queremos decirle tiene que ser ciego si no tonto. Espero que tu hermano lo vea y nos siga. ¿Vamos?

La tomó del brazo y echó a andar.

El suelo era casi completamente liso y salvo aquellos extraños árboles, que iban surgiendo en el horizonte, grandemente

espaciados entre sí, a medida que iban avanzando, no se divisaba ningún otro género de vegetación. La marcha no podía ser muy rápida, dada la peculiar naturaleza del pavimento que, si en los primeros momentos no molestaba, al cabo de un buen rato los guijarros empezaban a hacer sus efectos a través de las livianas suelas del calzado que usaban los dos jóvenes.

Dos horas más tarde, desalentados y llenos de fatiga, se detuvieron. Abisag se dejó caer en el suelo, a punto de romper en llanto.

—Moriremos aquí —dijo, mordiéndose los labios—. Mira, Elwo; ni una planta, salvo esos árboles que parecen muertos por una maldición, ni una persona, ni un animal. Nada, nada...

El paisaje no había variado en absoluto. Salvo porque no se veía el mar, la escena resultaba siendo absolutamente idéntica a la de su llegada. Sólo guijarros en el suelo y una capa de plomo en el cielo. ¿Era una nube inmensa o se trataba de una peculiar coloración de la atmósfera en el siglo CCXVIII?

La temperatura no era fría del todo, mas tampoco resultaba muy agradable. A la larga, sin hacer ejercicio, los efectos tendrían que notarse, máxime cuando no contaban siquiera con una mala astilla con la cual encender un poco de fuego. Elwo había examinado uno de aquellos árboles de pasada y había encontrado su textura fuertemente mineralizada, la cual indicaba que no ardería, a menos que se le sometiese a una elevada temperatura -la del carbón de piedra- cosa que ellos no estaban en condiciones de suponer.

—Creo —dijo al cabo— que hemos cometido un error al venir hacia aquí. Regresemos.

Abisag asintió pesadamente. Tomó la mano que le ofrecía el joven y se puso en pie.

El camino de vuelta se realizó en casi completo silencio. Terriblemente abatidos, apenas si intercambiaron media docena de frases en las dos horas y media -más tiempo que a la ida, porque su cansancio era mayor- que les costó el regreso.

Elwo lanzó un suspiro de satisfacción al divisar el mar, cuyas olas rompían contra la playa guijarrosa sin desprender apenas espumas.

—Bueno —exclamó, cuando estuvo a unos cien metros—, al menos tenemos algo conocido a la vista.

Siguieron su camino. En el borde de la playa, donde comenzaba el declive, se detuvieron. Abisag, fatigadísima, se sentó en el suelo y, descalzándose, empezó a limpiar de menudos guijarros sus sandalias.

Elwo caminó pensativamente hasta la orilla del mar. Habían transcurrido ya más de cinco horas desde que Clarimont pusiera en funcionamiento el cronomóvil, abandonándoles a su triste suerte en aquel paraje tan desolado. Por un momento, le invadió el desánimo y se imaginó a sí mismo -y a la muchacha- fallecidos de inanición en aquel desértico mundo y a sus huesos blanqueando entre los guijarros durante años y años hasta que el tiempo implacable los convirtiese en polvo que una ráfaga de viento dispersaría inmisericordiosamente.

El casi completo silencio que reinaba fue roto bruscamente por un grito histérico de la muchacha.

—¡Elwo! ¡Elwo! ¡Ven, pronto, corre!

El joven dio media vuelta, terriblemente alarmado.

Abisag estaba de pie, señalando con la mano un punto situado a tres o cuatro metros de ella. Gritaba y gritaba y sus alaridos rebotaban lentamente, perdiéndose con siniestros ecos en la grisácea llanura.

Corrió hacia ella, sujetándola fuertemente por ambos brazos.

—¡Cálmate, por favor! ¿Qué sucede?

—¡No está, Elwo, no está! —chilló la muchacha, rotos los nervios.

—¿Qué es lo que no está?

—La flecha, Elwo. ¡Ha desaparecido!

El joven miró al suelo, inmediatamente soltó una imprecación.

—¡Cronos! —exclamó—. ¡Es verdad!

No había el menor rastro de la flecha indicadora que habían construido con guijarros.

Por un momento temió que alguien hubiese surgido con su cronomóvil mientras estaban ausentes de aquellos lugares y hubiera borrado deliberadamente la señal que habían dejado. Pero un examen más atento del suelo le indicó que allí no había habido nunca una flecha hecha de guijarros blancos.

Se incorporó, enormemente consternado. Una terrible y siniestra hipótesis se forjó al instante en su cerebro.

¿Se habían perdido?

La sola idea de tal extravío le erizó los cabellos. Hasta aquel instante había tenido confianza en que Clarimont regresase con el vehículo temporal para rescatarlos de aquella sombría época, pero ¿qué sucedería si volvía y no les hallaba?

Naturalmente, podía utilizar el cronoscopio para buscarles, pero esto insumiría demasiado tiempo. Quizás el suficiente para perecer de hambre y de sed.

Miró en torno a él. No había la menor señal que pudiese decirles con seguridad si aquel sitio era el que habían llegado o se trataba de otro distinto. Posiblemente, pensó, había bastado una ligera desviación en su camino de vuelta para aparecer a varios kilómetros de distancia de la flecha.

Ahora bien, la pregunta que inmediatamente surgía era: ¿Hacia dónde ir? ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?

Todos estos pensamientos ocuparon breves segundos la mente del joven. Abisag se estremeció, arrancándole a sus meditaciones.

—Elwo, tienes que actuar, hacer algo. Por Dios, no te quedes parado...

—No pensaba hacerlo —contestó él, procurando ocultar cuidadosamente los temores que le asaltaban—. Lo único... Nena, tendremos que caminar —dijo.

—¿Caminar?

—Sí. ¿Hacia dónde prefieres? Señala tú misma la ruta.

Abisag se quedó indecisa.

—¿Quieres... eso significa que nos hemos extraviado?

Elwo movió lentamente la cabeza.

—Exactamente. Al regresar, nos hemos desviado de nuestra ruta, pero no sé en qué sentido. Por tanto, es obvio que tendremos que caminar primero durante unos cuantos kilómetros en un sentido y, si no encontramos la flecha, emprender el regreso.

Abisag miró a derecha e izquierda.

—Lo mismo da —murmuró—. Oh, Elwo, ¿por qué me enojaría contigo? Yo tengo la culpa de todo y...

Elwo la estrechó tiernamente entre sus brazos.

—Deja ya de hacerte reproches, cariño. Esto no conduce a nada, sino a una pérdida de tiempo de todo punto innecesaria. ¿Vamos?

—Si al menos tuviéramos unos prismáticos o algo... Esto es todo

tan terriblemente igual, Elwo.

—Claro, pero no contaba con venir a un sitio semejante; de modo que lo mejor será abandonar esa idea... —De pronto lanzó un grito—. ¡Has dicho prismáticos!

—Sí —contestó ella, muy extrañada.

Empezó a temer algún extravío en la razón del joven.

Pero éste no parecía haber estado nunca tan sano de mente. Se inclinó hacia ella y la besó fuertemente.

—Ésta es tu recompensa por haberme dado la mejor idea que nunca pude esperar.

Y enseñó triunfalmente, izándola en alto, la cronopistola que había sacado de la funda en tanto hablaba.

—Mira, con esto podremos encontrar la flecha. —Y puso en funcionamiento la pantalla.

Elwo sabía que debía mover el objetivo del cronovisor en sentido paralelo a la playa. Eligió primeramente la dirección de la izquierda y estuvo explorando un buen rato hasta que desistió de seguir por aquel lado.

—Volvamos ahora hacia el opuesto —dijo.

Unos minutos más tarde, lanzaba un suspiro de satisfacción. La imagen de la flecha se reflejaba nítidamente en el centro de la diminuta pantalla.

—Ahí está —respiró aliviado.

La muchacha preguntó:

—¿A qué distancia nos encontramos?

Elwo consultó el correspondiente indicador.

—Unos cuatro kilómetros. Tardaremos una hora, quizá menos, en recorrerlos. Bueno, creo que debemos empezar cuanto antes, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó ella, y en aquel momento Elwo lanzó un grito.

—¡Cronos! ¡Mira, Abbie!

La muchacha fijó su vista en la pantalla.

Un vehículo temporal acababa de surgir ante sus ojos, a un par de metros escasos de la flecha indicadora.

El tripulante -sólo venía una persona en el cronomóvil- abrió la portezuela y salió fuera. Miró en torno a él, explorando durante unos momentos el terreno que le rodeaba.

—¿Le conoces? —preguntó ella.

—No. Es la primera vez que le veo en mi vida.

—Llámale la atención. Haz algo. Dile que estamos aquí.

—¿Y cómo? No será a gritos, ¿verdad?

—Ese hombre es la única posibilidad que tenemos de regresar a nuestra época, Elwo. Haz algo, pronto... ¡No quiero quedarme aquí!

—Cálmate, te lo ruego. Antes veamos cuáles son las intenciones de ese tipo... ¡Cronos!

La muchacha lanzó un agudo grito. Elwo mascculló algo intraducible.

El individuo se agachó y empezó a borrar con las manos la señal que ambos jóvenes habían dejado. Su gesto provocó un acceso de furor en Elwo.

—Ese tipo no ha venido a socorrernos —aulló, lívido de ira—. Quiere abandonarnos aquí.

—¡No, no! —chilló la muchacha.

—No se lo toleraré —dijo Elwo, con los dientes prietos.

Puso la palanca en "Tiempo Actual" y apretó el gatillo.

El mismo nerviosismo le hizo fallar el disparo. Sin embargo, pudo ver con toda claridad el impacto del proyectil en los guijarros, a los cuales hizo volar en todas direcciones.

El individuo se incorporó, terriblemente sobresaltado.

—No le mates —exclamó Abisag.

—Al menos, le heriré —dijo Elwo, apuntando cuidadosamente.

Aumentó la imagen del hombre en el cronovisor, hasta que llegó a cubrirlo casi por completo.

Apretó el gatillo por segunda vez. Ahora el individuo lanzó un terrible grito que no pudo ser oído, sin embargo, por la pareja.

Se llevó la mano al hombro izquierdo y se tambaleó. Vaciló de modo espantoso, pareciendo por unos momentos que iba a caer al suelo.

—Se nos va a escapar —exclamó el joven, rabioso.

El hombre perdía mucha sangre, era evidente. Sin embargo, estaba situado de tal manera que Elwo no podía disparar nuevamente, por temor a que su tercer proyectil impactase en el cronomóvil, averiándolo de modo irreparable si la bala llegaba a atravesar el cuerpo del hombre.

Éste consiguió llegar al vehículo temporal y se metió en su

interior. A punto de perder el conocimiento, pudo, sin embargo, manejar los mandos y en un segundo desapareció de la vista de ambos jóvenes, que no pudieron hacer nada para evitar la fuga del individuo.

Esfumada la última posibilidad de salir de aquel paraje, Elwo cayó en un sombrío silencio, en tanto que Abisag rompía a llorar convulsivamente.

—Moriremos aquí... Nadie vendrá a recogernos... —decía la muchacha en medio de su copioso llanto.

Elwo se maldijo a sí mismo por haber sido tan considerado con aquel rufián.

—Debí haberle matado sin más contemplaciones apenas le vi borrar nuestra señal —dijo.

Cortó el contacto y enfundó la cronopistola.

—Bien —masculló—. Al menos, sabemos dónde está nuestro punto de llegada.

—¿Volvemos allí? —inquirió la muchacha, recobrándose poco a poco.

—¡Qué remedio! No podemos hacer otra cosa. Ven.

Rompieron la marcha, ahora sin grandes prisas, puesto que en realidad no les acuciaba el tiempo.

Una hora más tarde llegaban al sitio donde habían desembarcado provenientes del siglo XXIX. Las manchas de sangre ya seca y la medio derruida señal identificaban claramente aquel lugar sin temor ya a extravíos.

—Siéntate —dijo Elwo—. Conviene que estemos descansados.

—¿Para qué? ¿Qué más da morir de agotamiento que de inanición? —exclamó ella con pesimista acento—. Está visto que ya no saldremos de aquí. Nos quedaremos hasta que la sed y el hambre nos rindan.

Elwo consultó su reloj. Habían transcurrido ya siete largas horas desde su llegada.

—A juzgar por lo que se ve, aquí no hay noche ni día. Todo el tiempo es igual... de modo que lo que más nos conviene por ahora es intentar dormir un poco. “Mañana” resolveremos definitivamente lo que hemos de hacer.

Abisag no contestó. Guardaba silencio, un sombrío silencio que gustó muy poco al joven.

Inesperadamente, algo chispeó a pocos pasos de ellos. Las uñas de la muchacha se clavaron cruelmente en el brazo de Elwo.

Pero Elwo no se quejó. Ni siquiera advirtió el daño físico que le era inferido, porque toda su atención estaba centrada en el cronomóvil que había surgido silenciosamente a pocos pasos de ellos.

El vehículo temporal estaba vacío, pero eso importó muy poco a la pareja.

CAPÍTULO VIII

El regreso se hizo sin novedad.

Elwo acompañó a la muchacha hasta su casa e inmediatamente se dirigió a la Estación del Tiempo.

El doctor Shampler le aguardaba con verdadera impaciencia.

—¡Por Cronos! —exclamó—. Ya era hora... ¿Dónde diablos se ha metido, Cranall?

—Es muy largo de contar, doctor —contestó el joven secamente—. Por el momento, déjeme dar unas cuantas órdenes.

Movió la palanquita del intercomunicador y dispuso se mantuviera bajo vigilancia cronoscópica tanto a la muchacha como la casa donde vivía su hermano. Después se volvió hacia Shampler y le hizo un relato completo de cuanto les había sucedido.

Al terminar, dijo:

—Estoy cansado y hambriento. Mañana volveré.

Shampler extendió un amenazador dedo índice.

—Recuerde que ya sólo nos quedan cinco días, Cranall. Si caigo yo, le arrastraré en mi caída.

El joven se encogió de hombros.

—Hay otras cosas que atraen mi atención mucho más que una posible cesantía, doctor. Hasta mañana.

Y a pesar de la insistencia de Shampler, se negó a seguir hablando con él. Se había forjado un plan de acción y quería llevarlo a la práctica, pero no podía hacer nada si antes no se tomaba un buen descanso.

A la mañana siguiente, fresco y reposado, regresó a la Estación del Tiempo, dirigiéndose inmediatamente a la Sección de Cronoscopios. El jefe salió a recibirle.

—¿Novedades? —preguntó.

El jefe dijo:

—Ninguna, señor. Nuestro hombre sigue sin aparecer.

—Bien. Hágales que exploren los meses de julio, agosto y septiembre de 1987, en Nueva York y sus alrededores. El hombre a quien buscamos está ahí.

—Sí, señor.

A continuación, hizo que le instalaran un cronoscopio en el propio despacho del jefe de la Cronopolicía.

Shampler trató de protestar, pero el joven lo ignoró. Se sentó ante el aparato y comenzó a mover los mandos de espacio y temporales.

Enfocó la casa de Forgan Clarimont, adentrándose en el interior y explorando cuidadosamente todas sus habitaciones a partir del primero de julio de 1987. En todo aquel mes no ocurrió nada de particular.

En el séptimo día de agosto vio surgir a Clarimont, procedente del sótano. El hermano de Abisag parecía muy satisfecho.

Sin dejar de seguir todos sus actos con la vista, llamó por el intercomunicador al Archivo.

—Aquí, Cranall. Necesito saber inmediatamente la fecha en que el señor Clarimont solicitó su cronomóvil.

—Un momento, señor —contestó el empleado.

Treinta segundos más tarde le daba la respuesta.

Elwo hizo un rápido cálculo mental e inmediatamente pegó un bote en el asiento.

—¡Cronos! Eso corresponde al doce de junio de mil novecientos ochenta y siete.

—¿Estás seguro, Cranall? —exclamó el doctor, que seguía atentamente todas sus observaciones.

—Haga usted mismo sus cálculos —contestó el joven.

Hizo retroceder los mandos temporales a la fecha citada para equiparar ambos tiempos.

En el día que correspondía el 12 de junio, vio a Forgan montar en el cronomóvil. Haciendo uso del dial de aumento, pudo ver

fácilmente el lugar que marcaba el hermano de Abisag en el tablero.

—Se dirige a casa del doctor Conestry —dijo—. A sus inmediaciones —corrigió casi en el acto.

Siguió a Clarimont en su viaje a través de los siglos, sin despegarse de él ni una décima de segundo tan siquiera. Finalmente, el cronomóvil se detuvo en los linderos del parque que rodeaba la casa de Conestry.

Clarimont no se detuvo a ocultar el cronomóvil, seguro de que no podía ser descubierto por hallarse situado en una dimensión distinta a la de aquella era. Con paso fácil y elástico cruzó el sendero enarenado, deteniéndose ante la puerta.

Ésta se abrió momentos más tarde. Apareció el doctor Conestry, quien, tras breve charla con el recién llegado, se hizo a un lado, permitiéndole el paso.

Elwo se dispuso para penetrar con el cronoscopio en el interior de la casa. Pero antes de que pudiera hacerlo, sonó con fuerza el zumbido del intercomunicador.

—Cronoobservador número seis llama a Cranall —dijo una voz de tono monocorde—. Localizado el hombre que buscábamos.

Elwo separó la vista de la pantalla. Miró al doctor, grandemente desconcertado.

—Pero… ¡si ya lo tenemos! ¡Es Forgan Clarimont! ¡Es él!

Shampler arrugó el ceño.

—Bien, vea a ver qué sucede. Eso no cuesta nada.

Elwo asintió.

—Dejaremos por el momento a Clarimont con Conestry —y acercó la boca al intercomunicador—. Deme las coordenadas de tiempo y espacio.

—Sí, señor —contestó el cronoobservador.

El joven empezó a maniobrar los mandos en el sentido que le iban indicando. No tardó mucho en divisar a un hombre que, evidentemente, no pertenecía al siglo XX.

El hombre estaba sentado en un cinematógrafo y se destacaba, en la oscuridad, del resto de los asistentes, por un leve halo que le circundaba todo el cuerpo.

—¡Hum! —masculló el joven—. No puede decirse que tenga muy alta su notación molecular. Pero… ¿cuándo diablos acabará esa proyección?

—Adelante el cronoscopio al momento en que salga nuestro hombre del local —sugirió Shampler. Y añadió—: A menos que le guste el film que proyectan.

Elwo soltó un bufido. Volvió a hablar por el intercomunicador.

—¿Número seis?

—Sí, señor.

—Haga que analicen la fórmula de la notación molecular del hombre a quien estamos observando y remítamela cuanto antes.

—Sí, señor; al momento.

Volvió a maniobrar en el cronoscopio. Cuando vio aparecer en la pantalla la palabra FIN, enfocó el objetivo del aparato hacia el individuo.

Éste se puso en pie, confundiéndose con la masa de espectadores. A pesar de que ya se habían encendido las luces en el cinematógrafo, el halo que despedía su cuerpo como consecuencia de hallarse en una edad que no era la suya y que sólo podía ser observado cronoscópicamente, resultaba perfectamente visible.

Los rostros de la multitud impidieron por unos momentos divisar el del individuo observado. Después, al salir del local, el gentío se aclaró.

Elwo manejó el mando de proximidad, aumentando las facciones del hombre. Tuvo que mover el dial de espacio, porque su perseguido caminaba de espaldas a la pantalla, y colocarse frente a él.

Apenas lo vio, soltó una exclamación de asombro.

—¡Cronos! ¿Estoy viendo visiones?

El doctor Shampler se quedó también boquiabierto.

—¿Ese hombre… es ubicuo? —balbuceó.

—Ubicuo, un cuerno —gruñó el joven, de manera poco académica—. Estamos muy civilizados, pero todavía no se ha descubierto un medio para que una persona pueda estar en dos sitios a la vez. Quizá —añadió con sarcástica sonrisa— la A.E.C. pagaría una fortuna por un aparatito de ésos.

—¿Qué es la A.E.C? —preguntó atónito el doctor Shampler.

—Asociación de Enamorados Celosos —contestó el joven imperturbable, tratando de recobrarse de la impresión que le producía el hecho de que el hombre a quien acababan de localizar en Nueva York, en junio de 1987, tuviese idénticos rasgos

fisonómicos que los de Forgan Clarimont.

El cronoobservador número seis llamó pocos instantes más tarde.

—Analizada la fórmula de la notación molecular de nuestro observado, señor.

—Démela —exclamó el joven, tomando papel y lápiz.

A todo esto, seguía observando atentamente al perseguido, tratando de ver dónde iba.

—Sí, señor —contestó el operario—. La fórmula es BR.00007-L4H-00093'12. Grupo S, Subgrupo T-2, Casilla 4ª.

—Gracias —contestó el joven. Miró a Shampler—. ¿Qué le decía yo, doctor? Una fórmula notablemente baja. Cosa rara, ¿eh?

Se volvió hacia el cronoobservador.

—Felicitaciones. Ha sido un trabajo estupendo. Ahora procure comprobar si esa fórmula coincide con la que el señor Forgan Clarimont tiene registrada en Identificación Molecular.

—Sí, señor. Le llamaré en cuanto tenga el resultado.

Elwo volvió a dar otra orden.

—Observadores números siete y nueve, sigan a nuestro hombre adonde quiera que vaya y registren en hilo gráfico todos sus movimientos.

Bajó la palanquita del intercomunicador y centró nuevamente su atención en el cronoscopio.

—Lástima que estos artefactos sean sólo visuales —dijo—. El día en que se consiga hacerlos sonoros, de modo que puedan hacerse audibles las voces de las personas observadas, habremos dado un gran paso.

Shampler meneó la cabeza.

—Si de mí dependiera —dijo—, destruiría estos artefactos. Son una diabólica invención, que no sirven sino para entrometerse en la vida privada de las personas, cosa que estimo debe ser algo completamente sagrado.

—Estoy en un todo de acuerdo con usted, y el día en que el Consejo Mundial acuerde destruir estos cacharros, yo seré el primero en descargar un golpe de mandarria sobre el que tenga más a mano. Pero, puesto que no podemos olvidar su funcionamiento, al menos aprovechémonos de su existencia. Tenga en cuenta que el doctor Conestry murió en una explosión que destruyó su

laboratorio. Esa explosión… ¿fue casual o deliberada?

Shampler se le quedó mirando con la boca entreabierta.

—¡Por Cronos! ¡Ésa es una posibilidad que no se me había ocurrido!

—Pues no hay que dejarse perder detalle, doctor… ¡Aja! Ya hemos penetrado en el santasanctórum del doctor Conestry. Mírelo, ahí está con nuestro buen amigo Forgan Clarimont… ¿I o II?

Los dos hombres hablaban apacible y tranquilamente, sentados en dos sillones ante sendas copas de licor.

—Parece jerez legítimo —dijo Elwo, sintiendo que se le hacía la boca agua.

El halo de Clarimont era igualmente perceptible. Decidió que debía hacer analizar también su fórmula de notación molecular.

—Cronoobservador número catorce, tome nota de las siguientes coordenadas. Tiempo, siglo XX, año 87, mes sexto, día duodécimo, hora dieciocho, minuto cuarenta, segundo séptimo. Espacio, 75-42-33 por 43-17-21.

—Anotadas las coordenadas, señor.

—Bien, entonces enfoque el cronoscopio en el lugar señalado y haga analizar la fórmula de la notación molecular del individuo que verá reflejado en la pantalla. Quiero el informe a la mayor brevedad posible.

—Sí, señor.

Las órdenes del joven eran precisas y contundentes. No perdía tiempo inútil en divagaciones que a nada práctico podían conducirle.

Volvió a llamarle el número seis.

—Señor, la notación molecular de nuestro observado es correcta, según participa Identificación Molecular.

—Gracias —contestó el joven—. Eso quiere decir —agregó pensativamente—, que el primero de nuestros observados es el auténtico Clarimont. A menos que… ¡Doctor! —preguntó de pronto —: ¿Cree usted posible falsificar exactamente una notación molecular?

Shampler meneó la cabeza.

—Soy experto en ciencia temporal —dijo—, pero conozco de la ultrabiología lo suficiente para saber que es dificilísimo. No imposible, mas sí prácticamente irrealizable.

—En suma —dijo Elwo—, que el hombre que falsifique la F.N.M. de uno de sus semejantes tiene que ser un tipo capaz de obrar milagros o poco menos.

—Algo por el estilo —concedió Shampler con una sonrisa.

Unos minutos más tarde llamó el cronoobservador número catorce.

—Señor, la F.N.M. de nuestro observado es la siguiente: BR00007-L4H-00093'13, Grupo S, Subgrupo T-2, Casilla 4ª.

—Gracias —contestó el joven, y miró a Shampler—. ¿Eh, qué le parece? Sólo ha errado por una centésima, doctor. Tipo hábil, desde luego.

—Pero… no comprendo por qué esa manera de actuar, Cranall —dijo Shampler, sumamente desconcertado.

—Lo sabremos cuando nuestros cronoobservadores hayan recorrido todo el tiempo que los dos Forgan Clarimont, el auténtico y el falso, permanecieron en el siglo XX.

—Eso nos llevaría demasiado tiempo, Cranall —arguyó el doctor.

—Estamos en junio. Conestry murió en septiembre. Clarimont debió regresar en esas fechas a nuestra época, una vez conseguido el objetivo que le llevó a viajar a nueve siglos de distancia. En menos de veinticuatro horas, nuestros cronoobservadores habrán podido estudiar por completo la actuación de ambos individuos en el siglo XX.

Se levantó.

—¿Adónde va, Cranall? —preguntó el doctor.

—Tengo que hacer —contestó el joven enigmáticamente.

Y sin añadir una sola palabra más, se marchó.

Bajó al Archivo, donde estuvo investigando cuidadosamente todos los permisos de utilización de cronomóviles concedidos en los últimos tiempos, deteniéndose especialmente en el de Clarimont. No había la menor duda, la autorización era completamente legítima.

Permaneció unos momentos inmóvil, meditando abstraídamente, en tanto era contemplado de modo especulativo por el empleado de aquella sección. De pronto, levantó la cabeza.

—Deme las F.N.M. de cuantos hayan realizado cursos de manejo de cronomóviles en los últimos cinco años —dijo.

El empleado obedeció. Volvió unos minutos más tarde con un

montón de fichas.

Elwo las tomó todas, sentándose en una mesa.

Poseía una buena retentiva, de modo que no le hizo falta solicitar nuevamente la F.N.M. del hermano de Abisag.

No se fijó en los nombres ni en las fotografías. Aquellos podían no ser los legítimos y bastaba un simple bigote para desfigurar el rostro de un hombre. Pero la fórmula de notación molecular, como había dicho muy bien el doctor Shampler, era prácticamente infalsificable.

El manejo de los cronomóviles no era cosa al alcance de todo el mundo, por lo que la labor del joven fue menos larga de lo que cabía esperar. Pronto tuvo ante él una ficha, con la F.N.M. que ya conocía, la cual estaba expedida a nombre de un tal Erden Vori.

—Se cambió el nombre. ¿Por qué? —preguntó.

¿Qué motivos habían inducido al hermano de Abisag a aprender el manejo de los cronomóviles y con nombre falso además? ¿Quién podría contestarle aquella pregunta?

La fecha indicaba que el aprendizaje se había realizado menos de un año antes. ¿Había planeado Clarimont ya en aquella época los actos que posteriormente iba a realizar?

Estuvo a punto de levantarse, pero se lo pensó mejor y continuó examinando las fichas. Encontró dos F.N.M. que le llamaron la atención por su similitud con la de Clarimont.

Anotó los nombres de los dos individuos, profundamente pensativo, guardándose luego los resultados en un bolsillo de la camisa. Se puso en pie.

—Puede rearchivar las fichas —dijo.

Salió de la Estación del Tiempo, sin dejar de meditar sobre el problema que cada vez se presentaba con menos visos de solución.

Encendió un cigarrillo. Permaneció unos momentos inmóvil y luego, de modo súbito, echó a andar.

Una hora más tarde se encontraba en el domicilio de Clarimont. Se detuvo al pie de la escalera, vacilando, pero al fin terminó por subir.

Llamó a la puerta, sin obtener la menor respuesta. Advirtió que había sido repuesta la cerradura que él estropeara a balazos y el detalle le hizo sonreír.

Llevaba la cronopistola encima, pues había resuelto no separarse

de ella por nada del mundo hasta que hubiese resuelto el caso y la volvió a utilizar sin el menor empacho. Unos segundos más tarde franqueaba el umbral.

Como la vez anterior, la mansión se hallaba a oscuras. Tanteó la pared en busca del interruptor. Lo encontró.

Pero no llegó a bajarlo. Todos sus músculos se tensaron de repente.

“Esta vez no es Abisag”, pensó, y un segundo más tarde daba un gran salto lateral que le apartó de aquel punto.

Lo hizo oportunamente porque alguien trató de golpearle con algo contundente y si pudo esquivar el tiro fue solamente gracias a su gesto puramente instintivo.

Un hombre vaciló ante sus ojos. Llevaba en la mano un pesado tubo de metal de unos cuarenta centímetros de largo por dos de grueso y de haber alcanzado al joven en la cabeza le habría matado instantáneamente.

CAPÍTULO IX

El individuo vaciló por no haber acertado el golpe. Elwo trató de evitar que lo repitiera.

Levantó su mano y atenazó la muñeca armada. El otro gruñó airadamente.

Elwo disparó su mano derecha clavándola cruelmente en el vientre del individuo. Éste volvió a gruñir. Elwo repitió el puñetazo, con efectos devastadores. Los dedos del atacante aflojaron su presión y el trozo de tubo cayó al suelo.

Libre por el momento de aquella amenaza, Elwo dedicó todas sus energías a combatir con su antagonista. Recibió un rodillazo en el bajo vientre que le cortó la respiración, pero respondió con un demoledor derechazo al plexo de su oponente, sin obtener resultados prácticos.

Cualquiera otro habría sido derribado sin más. Aquél no, necesitaba algo más contundente y Elwo, cansado ya de una lucha que acaso pudiera volverse en contra suya, atacó de una forma

completamente inesperada.

Bajó la cabeza, levantándola luego con todas sus fuerzas. Su cráneo chocó contra la mandíbula de su oponente con terrible fuerza, haciéndola crujir de modo siniestro.

Oyó un suspiro y luego el golpe de un cuerpo contra el suelo. Entonces encendió la luz.

El hombre yacía espatarrado, sin conocimiento.

Elwo respingó al reconocerlo. Era el guardián de la sala de armas.

—¡Cronos! —rezongó—. ¿Qué hace este tipo aquí, eh?

Cerró la puerta y lo tomó por el cuello de la chaqueta, arrastrándolo hasta el cuarto de baño, metiéndolo en la bañera. Luego soltó los grifos.

Unos segundos más tarde, el individuo aullaba lastimeramente al sentir el contacto con un líquido que Elwo había graduado a una temperatura ligeramente superior al cero de la escala. El guardián trató de salirse de la bañera, pero Elwo volvió a meterle de un puñetazo bien aplicado.

—Déjeme salir —rogó el individuo, tiritando de frío, completamente amedrentado.

Elwo le apuntó con la pistola. Dijo:

—Primero tienes que contarme varias cosas. Sólo saldrás cuando hayas contestado todas mis preguntas, ¿estamos?

—¿Qué... qué me hará luego? —preguntó el hombre atemorizado.

—Eso depende de ti mismo y de tu capacidad de colaboración. Ante todo, ¿cómo te llamas? Dime la verdad; ya sabes que tengo medios para comprobarlo —le amenazó el joven.

—Ruwe. Ruwe Lerzo.

—Guardián de la sala de armas de la Estación del Tiempo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No debes ser muy buen guardián cuando has permitido que faltase una cronopistola. ¿Dónde está?

—No lo sé, señor.

Elwo endureció el gesto.

—No me engañes, miserable. Sabes perfectamente a quién se la diste, diciendo luego que la habían sustraído. ¿Quién te pagó por

llevarse la cronopistola primero y por tu silencio después?

—El… el dueño de esta casa.

—¿Forgan Clarimont?

—Sí, señor.

—¿Cuánto te pagó?

—Diez mil créditos, señor.

—¿Qué te dijo? ¿Se la llevó definitivamente o sólo fue un préstamo?

—Un préstamo dijo. Me la devolvería más tarde.

—Y no lo ha hecho, ¿verdad?

—No, señor.

—Entonces, con toda seguridad, has venido aquí para tratar de recuperar el arma. Temes una investigación que hubiera podido poner al descubierto tu… “debilidad”.

—Así es, señor.

Elwo sonrió.

—Pero esa “debilidad” ha sido descubierta ya, Ruwe. ¿Has encontrado el arma?

—No, señor. Sé que debe estar en esta casa, pero no tengo la menor idea del lugar en que puede haberla escondido Clarimont.

—Es raro que un hombre que piensa obrar de manera clandestina dé su domicilio —murmuró Elwo pensativamente—. ¿Cómo sabías que Clarimont vive aquí?

—Me lo dijo él mismo.

Elwo parpadeó.

—¿Pudo portarse de manera tan estúpida, delatándose a sí mismo?

Ruwe se encogió de hombros. Dijo:

—No lo sé, señor. Primero me entregó cinco mil créditos a cuenta cuando me hizo la proposición en la Estación del Tiempo. Luego me dijo que cuando le trajera aquí la cronopistola me entregaría el resto… ¡Déjeme salir, señor, me estoy congelando!

Elwo movió la mano armada.

—Sécate —dijo lacónicamente.

Unos minutos mas tarde, los dos hombres salían del baño. Elwo condujo a su prisionero hasta el vestíbulo, llamando por teléfono a la Estación del Tiempo para que le enviasen dos agentes.

—Usted me dijo que si contestaba sus preguntas haría algo por

mí —se quejó el individuo.

—Ya lo he hecho —contestó duramente el joven—. Estás vivo, de modo que todo eso sales ganando.

En aquel momento se oyeron pasos que se acercaban a la casa. Elwo se puso en pie de un salto, pegándose a la pared para no ser visto. Levantó el arma.

Un instante después lanzaba un profundo suspiro de alivio.

—¡Abbie! —exclamó.

—¡Elwo! ¿Qué haces aquí? —inquirió la muchacha, muy extrañada.

—Trabajar —respondió él lacónicamente.

Abisag miró al individuo.

—¿Quién es este tipo?

—No te preocupes, nena; no tiene importancia. Siéntate unos momentos y espera.

La espera duró casi media hora, al cabo de cuyo periodo de tiempo aparecieron dos agentes de la Cronopolicía, y se llevaron detenido a Ruwe.

Entonces Elwo preguntó:

—Bien, y ahora ¿querrás explicarme a qué has venido aquí?

—Es la casa de mi hermano, ¿no? —contestó ella con cierto despego.

Elwo se reclinó en el sillón y extrajo la cronopistola, poniendo en funcionamiento la pantalla.

—Bueno, pero tú no vives aquí. Éste no es tu domicilio habitual y, que yo sepa, hacía años que no aparecías por estos parajes.

Mientras hablaba, no dejaba de mirar la pantalla, con la cual escrutaba cuidadosamente los menores rincones de la estancia.

—Creo que tengo derecho a saber de Forgan —contestó la muchacha—. ¿Lo has visto tú?

—Nooo… —repuso él entre dientes, sin quitar la vista de la pantalla.

Abisag se exasperó.

—¡Por Dios, Elwo! ¿Quieres dejar de mirar ese artefacto y escucharme? Te estoy hablando.

—Lo sé, lo sé perfectamente, querida —contestó él sin inmutarse —. No, no he visto a tu hermano… en esta casa al menos.

La muchacha empezó a sollozar.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué habrá sido de él?

Elwo se puso en pie de un salto.

—¡Cronos! ¿Qué es esto? —Y sin apenas interrupción, exclamó imperativamente—: Ven conmigo, nena.

Abisag se secó las lágrimas y le siguió hasta el despacho. Elwo movió el sillón y la puerta del sótano se abrió inmediatamente.

—El cronomóvil está ahí —dijo ella.

—Ya lo sé, pero no es eso lo que ando buscando —repuso Elwo, sin dejar de mirar la pantalla. De pronto, se fue hacia una estantería repleta de libros y tiró de uno de ellos.

El libro no salió del todo, sino que giró en sentido vertical, pivotando sobre la base del lomo. Inmediatamente se oyó un chasquido.

La mitad de la estantería giró a un lado silenciosamente, dejando ver una pequeña habitación de tres metros de lado, en cuyo centro se veía un sillón.

A ambos lados del sillón había dos postes de treinta centímetros de grueso por dos metros de altura, unidos en su mitad por una serie de barras transversales, cilíndricas también como los postes. Éstos, en su parte superior, tenían dos pantallas como de reflectores luminosos, pero sin ninguna lámpara en su interior. Los reflectores eran semiesféricos y en su centro, por la parte cóncava, se advertían dos aparatos que parecían enormes aisladores eléctricos de porcelana concluidos los dos en sendas esferillas de vidrio plateado, lo que impedía ver lo que había en el interior de la misma.

Delante del sillón había una mesa, parecida a un armonio de pequeño tamaño. La mesa tenía un sinfín de instrumentos y esférulas de control, y estaba situada de tal modo que podía manejarse cómodamente desde el sillón.

—Ahora es cuando empiezo a comprender las cosas —dijo el joven, muy pensativo.

—¿Que clase de aparato es ése? —preguntó Abisag.

—Un repetidor.

—¿Un... qué?

—Un repetidor —insistió Elwo—. Te sientas ahí, yo manejo los controles y puedo obtener un duplicado exacto de ti... naturalmente, contando con una persona que quiera someterse al experimento. Cualquier objeto que coloques en el sillón –que, en

otros casos es una simple plataforma- puede ser duplicado, triplicado o repetido hasta la saciedad si se desea. Pero hay que poner bajo los proyectores el objeto que se desea repetir.

Elwo seguía explorando la casa con la cronopistola.

—¿Quieres... insinuar —exclamó Abisag, completamente aturdida—, que Forgan ha sido duplicado?

—Justamente.

—¿Se duplicó él mismo?

—No. Lo hizo otra persona.

—¿Quién? Pero... no acabo de entenderlo. Esa persona se duplicaría a sí mismo, Elwo.

El joven sacudió la cabeza.

—Por supuesto, si lo deseara. Pero ten en cuenta que lo que nuestro hombre trató de repetir no fue él mismo, sino “una persona humana”. El repetidor duplica el ser u objeto que se sitúa bajo sus proyectores, desde luego. Sin embargo, la operación, siendo sencilla, no lo es tanto como parece. Hay que efectuar muchos tanteos antes de que el duplicado sea una imagen exacta del modelo y, naturalmente, si sólo se hace una intentona, lo que resultará una persona humana que muy bien puede no tener parecido alguno con el individuo que sirve de modelo. Naturalmente, éste puede corregir o desviar la influencia de la máquina en el sentido que desee y así llegar a convertirse en un duplicado de exacta apariencia fisonómica a la de tu hermano.

—¿Cómo? ¿Insinúas que no es Forgan el que ha estado con nosotros?

—No lo insinúo, lo afirmo. El... llamémosle criminal, ha utilizado el repetidor para construirse un cuerpo físico, modificando el suyo, hasta hacerlo idéntico al de tu hermano.

—¿Con qué objeto?

—Cuando lo hallemos, nos lo dirá... ¡Ah, Cronos, menos mal!

Abisag exclamó:

—¿Qué sucede ahora?

—Que, ¡por fin!, he hallado la cronopistola sustraída. Ven conmigo.

Tomó a la muchacha de la mano y pasó a otra habitación cercana, en cuyo interior se detuvo unos momentos, en tanto volvía a consultar nuevamente con la pantalla cronoscópica.

—Éste es el dormitorio de Forgan —dijo Abisag.

—Ya lo sé —contestó él, yéndose hacia uno de los muros. Tanteó un poco con la mano y luego apretó un resorte hábilmente disimulado.

Un trozo de pared, de unos cincuenta centímetros por cuarenta, se deslizó a un lado, dejando ver un negro hueco. Elwo metió la mano y extrajo de su interior una pistola idéntica a la que él llevaba pendiente del cinturón.

—¿Para qué usaba tu hermano este hueco? —preguntó.

—En un principio lo destinaba a albergar un pequeño cofre fuerte. Luego, no sé por qué motivos... abandonó la idea.

—¿Quiénes más, aparte de vosotros -y el constructor por supuesto- conocían la existencia de este hueco?

—No lo sé.

—Seguramente, Forgan tendría algún amigo íntimo. ¿Tú sabes quién o quiénes puedan ser?

La muchacha citó un par de nombres que Elwo, ya más prevenido, anotó cuidadosamente.

—Bien —dijo al terminar, devolviendo la pistola a su sitio, después de haberla descargado—, puedes tener la seguridad de que antes de veinticuatro horas habremos resuelto este misterio.

—¿Podrás darme noticias de Forgan? —inquirió ella, anhelante.

—Claro —contestó Elwo. Pero no quiso decirle los temores que abrigaba por la suerte de su hermano.

La acompañó hasta la salida de la mansión.

—Ve a tu casa y no te muevas de ella hasta que yo te lo diga.

—Pero...

—Obedece —dijo él en tono suave pero firme—. Lo hago por tu bien. Y no me preguntes más cosas porque, por el momento, no estoy en disposición de contestarte. Dame un beso y vete.

Ella accedió. Elwo la vio marchar, inmóvil en el rellano de la escalera de acceso, profundamente pensativo.

Cuando se hubo quedado solo, volvió al edificio. Tomó el fonovisor y llamó a la Estación del Tiempo.

—Habla Cranall —dijo—. ¿Qué resultados hay de las investigaciones?

—Los hemos obtenido, y muy buenos —le respondieron—. ¿Quiere verlos, señor?

—Sí. Páseme la proyección aquí… —dio el número del fonovisor y se sentó en una silla que había al lado—. Hágalo lo más condensado posible.

Tardaron un par de minutos en establecer la conexión. Cuando las imágenes aparecieron en la pantalla, Elwo presenció el asesinato de Forgan Clarimont.

—¿Han comprobado la F.N.M. del muerto? —inquirió.

—Sí, señor. Es la auténtica.

El joven asintió pesadamente Lo había presentido, pero ahora ya no le cabía la menor duda de que el hermano de Abisag había muerto asesinado.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. Continúe.

La proyección presentó diversos motivos de la estancia de Forgan en el siglo XX, todos ellos relacionados con su trabajo al lado de Conestry. Elwo presenció atentamente las escenas filmadas a través del tiempo, sin perder uno solo de los detalles que le presentaba la pantalla.

—¿Han filmado ustedes las escenas que siguieron a la muerte de Clarimont?

—No, señor. Creímos…

—No importa. Sitúen un cronoscopio frente al objetivo del fonovisor y empiecen a explorar el tiempo a partir de la recogida del cadáver.

La nueva operación tardó dos minutos largos. Entonces, Elwo siguió con la pantalla, sin dejar de dar instrucciones a través del fonovisor, todas las vicisitudes por que había pasado el cuerpo de Clarimont.

Lo vio llegar al necrocomio. Presenció cómo le sacaban el proyectil. Luego vio al sargento Murchison hablar con el forense y la sorpresa de éstos al ver que el cadáver carecía en absoluto de huellas dactilares. Más tarde, presenció la marcha del doctor, una vez hubieron colocado los restos del hermano en la cámara frigorífica.

Hizo que le adelantaran los tiempos, con frecuentes detenciones para observar el depósito de cadáveres. Finalmente, y cuando ya desesperaba de obtener algún resultado, vio surgir un brillante chispazo que apenas duró una décima de segundo.

Un cronomóvil se materializó en el amplio pasillo del depósito,

flanqueado por una larga y doble hilera de celdas frigoríficas donde estaban contenidos los cadáveres de los muertos violentamente o en circunstancias sospechosas. Elwo no sintió ninguna extrañeza al ver salir del vehículo temporal a un hombre cuyos rasgos fisonómicos eran un duplicado exacto de los de Clarimont.

El individuo extrajo el cadáver del asesinado, colocándolo a bordo del cronomóvil. Cerró la portezuela del aparato y se esfumó de inmediato.

Elwo lanzó una orden.

—Sigan en el tiempo a ese individuo y averigüen a qué época llevó el cadáver de su víctima.

—Sí, señor.

—No hace falta —dijo una voz a sus espaldas—. Yo se lo diré.

Una mano surgió ante los ojos del joven, cortando la comunicación. Al mismo tiempo, algo duro y helado se apoyó en su nuca.

—Se lo diré —repitió el recién llegado—. Llevé el cadáver de Clarimont al siglo CCXVI. Un sitio seguro para guardar el “corpus delicti”, ¿eh?

El recién llegado rompió a reír. Su risa escalofriante puso trocitos de hielo en las venas del joven.

CAPÍTULO X

S

upongo — dijo Elwo tras una corta pausa— que ahora conseguirá usted lo que no ha podido lograr hasta ahora.

—Supone bien, mi querido amigo —contestó el otro. Se inclinó ligeramente hacia adelante y le despojó de la cronopistola, que arrojó a un rincón de la estancia—. Bueno, ya le he quitado los dientes. Cranall, póngase en pie. No intente nada, mi dedo sería más rápido, ¿estamos?

Elwo obedeció. Una vez se hubo incorporado, permaneció rígido, inmóvil.

—Eche a andar —le ordenó el otro—. Hacia el despacho.

El joven caminó. Precediendo al asesino, llegó a la biblioteca, en

la que penetró. El otro cerró la puerta.

—Creo que sabe usted dónde guardo el repetidor de materia, ¿no es así? Bien, abra la puerta.

Elwo preguntó:

—¿Qué es lo que va hacer?

—Primero, duplicarle a usted. Luego le mataré.

Hubo una corta y dramática pausa de silencio.

Al cabo de unos segundos, Elwo dijo:

—Comprendo que quiera matarme. Sin embargo, no alcanzo a entender por qué quiere reproducir mi cuerpo, cambiando el que tiene actualmente.

Sonó una risita de sádicos tonos.

—Me gusta la chica, eso es.

Los puños del joven se crisparon.

—¡Abisag! —exclamó, sin poder contenerse.

—La misma —rió el asesino—. Un conjunto seductor. Cabellos negros, piel de bronce y ojos verdes... y una escultura impresionante, ¿qué más se puede pedir?

—Por supuesto —contestó Elwo, tratando de dominarse—. Sin duda por eso nos envió usted el cronomóvil al siglo CCXVIII.

—Justamente. Por usted, Cranall, no hubiese hecho semejante tontería. La prueba es que primero traté de borrar la señal que habían hecho con el fin de hacerles extraviar en aquel mundo. Pero el secuaz que envié resultó herido por el disparo de su cronopistola y regresó apresuradamente. Esto me hizo recapacitar y pensé que, aun a riesgo de traerle a usted a nuestra era, bien valía la pena hacer lo propio con la chica. Siempre me gustó y, realmente, era una lástima dejarla morir de hambre en aquella desolación, ¿verdad?

—Claro —contestó el joven sin inmutarse—. De todas formas, gracias por el gesto. Y... ¿cuándo piensa matarme?

—Oh —replicó el asesino con tono casual—, una vez haya repetido su cuerpo en el mío.

—Entonces abandonará la apariencia de Forgan Clarimont.

—Justamente. Ya no me sirve para nada.

—Pero si vuelve al siglo XX el doctor Conestry no le reconocerá.

—Eso no tiene ninguna importancia. Regresaré en las horas en que él descansa y trabajaré mientras tanto en la construcción de su

cronomóvil.

—¿Ya sabe que si adelanta setenta y seis años la fecha en que funcionó el primer vehículo temporal, la historia puede verse modificada gravemente?

—Lo hago precisamente por eso, Cranall.

Elwo hizo una corta pausa.

—Me lo suponía —dijo al cabo—. Supongo que espera sacar grandes beneficios de tal alteración de la historia.

—Cierto. He estado estudiando durante mucho tiempo y he llegado a la conclusión de que es lo mejor que puede suceder para mí.

—Concrete, se lo ruego.

—Es bien sencillo. De la forma en que yo pienso actuar, no habrá Consejo Mundial, sino un Imperio de la Tierra, cuya cabeza visible seré yo.

—¿Usted… emperador de la Tierra? —se asombró el joven.

—Justamente. Un antiguo cargo que pienso restaurar y del cual espero sacar grandes beneficios.

—Abisag sería la emperatriz en tal caso.

—Claro. Haremos buena pareja los dos, ¿eh? Y mandaré construir un gran palacio que sirva de marco a nuestra grandeza.

Elwo se echó a reír.

—Como en los viejos cuentos de hadas, vamos. Y tendrán cortesanos que doblarán el espinazo delante de ustedes y aduladores que murmurarán a su oído gratos chismorreos y elogiarán incondicionalmente hasta el movimiento de su meñique para hurgarse las narices. Y también quizá mande construirse un circo para torturar a los esclavos y así divertirse más todavía, ¿no es cierto?

—Siendo emperador de la Tierra, en efecto, podré permitirme todo lo que ha dicho y más. Con la señorita Clarimont a mi lado como el más preciado adorno de mi trono.

—Fracasado y resentido.

El asesino respingó.

—¿Eh? ¿Qué es lo que ha dicho usted? No me gustan las bromas estúpidas, Cranall. Aclárese.

—Digo que es usted un fracasado y un resentido. Otro cualquiera, hubiese buscado un pretexto distinto para influir en la

corriente del tiempo. Usted, sin embargo... todo lo que se le ocurre es hacerse emperador del planeta. ¡Valiente estupidez! No pudo llegar a presidente y ahora quiere vengarse, ¿eh?

—Por supuesto —contestó secamente el otro—. Y será divertido ver a mis compañeros de consejo haciendo de lacayos en mi palacio. ¡Je! Lo que me voy a reír.

Elwo dijo:

—No esté tan seguro de ello. Todavía no ha terminado.

—Pronto lo haré. Volveré junto a Conestry y terminaré, como ya le he dicho, la construcción del cronomóvil. Entonces...

—Conestry ya no le servirá para nada y le matará.

—¿Es usted adivino, Cranall? Bien, basta ya de charla inútil. Abra ese cuarto. Usted sabe cómo se hace.

Elwo puso en funcionamiento el resorte que abría la puerta del cuarto secreto donde estaba instalado el repetidor. Después, empujado por el asesino, cruzó el umbral.

—Siéntese —le ordenaron.

Obedeció. Entonces miró frente a frente al criminal.

—Necesito tomar los datos de peculiaridades físicas así como su F.N.M. antes de transformar mi cuerpo. No puedo cometer, como la vez anterior, el error de fallar ligeramente en la fórmula identificatoria. Antes de que haya conseguido mis planes pasará algún tiempo y he de evitar riesgos innecesarios.

Elwo le contempló fijamente.

—Mala cosa es ésa de influir en el tiempo. Clarimont lo sabía. Por eso le mató usted.

—Así es. Bajo el pretexto de ayudar a Conestry en sus investigaciones, lo único que hacía era llevarle por caminos erróneos. Como yo, había leído la historia de las máquinas temporales y deseaba que se inventasen en el momento oportuno, no tres cuartos de siglo antes. Pero mientras él estaba ausente del laboratorio, yo tomaba su imagen y hacía seguir a Conestry el camino correcto. Naturalmente, hubo un momento en que se dio cuenta de lo que sucedía. Por ello trató de arreglar las cosas... y entonces me anticipé y le maté.

—Y envió su cuerpo al siglo CCXVIII para que, al llegar nosotros trescientos años más tarde, no encontrásemos rastro del cadáver.

—Claro. Lo sustraje del depósito porque me di cuenta de que la

policía de aquella época investigaba demasiado a un hombre que carecía en absoluto de toda clase de huellas. Esto es consecuencia de la acción del repetidor, cuando lo sometí a él, previamente narcotizado, para copiar su imagen. Algunos rasgos de su cuerpo se borraron -las huellas digitales y de las palmas de las manos y plantas de los pies, sobre todo.

—Podía haberle asesinado directamente.

—Creí que el repetidor influiría en su memoria. Todavía —rió el asesino— tenía imbuidas las ideas de nuestra era. Nada de violencias físicas ni mentales. Era difícil despojarse de tales prejuicios. Después comprendí que era una tontería. Y, claro, no podía tolerar que siguiese influyendo negativamente en Conestry.

—Pero ahora notarán su desaparición.

—Buscaré un cadáver y le infundiré mis rasgos. Eso es fácil de arreglar.

—Tiene usted respuesta para todo, amigo. Lástima que habiendo planeado todo tan bien, lo echase a perder robando y golpeando al guardián del hangar de los cronomóviles.

Los dientes del asesino chirriaron.

—¿Me cree tan estúpido? —barbotó—. Yo no lo hice. Fue el auténtico Clarimont al darse cuenta de que había ocupado su sitio, con el fin de llamar la atención de la Cronopolicía y provocar su intervención. Era la única manera de luchar con un poco de éxito contra mí y él lo sabía. Pero no le sirvió de nada.

Elwo se encogió de hombros.

—Lo mismo le sucederá a usted. Además, ¿cómo está tan seguro de que las cosas sucederán tal como las ha previsto?

—He pasado demasiado tiempo estudiando el curso de los tiempos para errar. Y basta ya de charla —se impacientó el criminal —. Ponga los brazos sobre los del sillón —ordenó secamente.

Elwo obedeció, en tanto miraba fijamente al asesino. Éste avanzó hacia él, sin dejar de acompañarle con la pistola.

La mano libre del individuo se acercó al tablero de mandos del repetidor. Pero no pudo tocar ninguno de sus controles.

—¡Retírese de ahí o disparo! —exclamó una voz con tono contundente.

El asesino se volvió rapidísimamente, al mismo tiempo que lanzaba un rugido de rabia. Su brazo se movió, dispuesto para hacer

fuego con el arma.

—¡Cuidado! —gritó Elwo—. ¡Échate a un lado, Abisag!

Al mismo tiempo, se puso en pie de un salto, abalanzándose sobre el asesino.

Éste advirtió la acción del joven y vaciló.

Elwo saltó sobre el individuo, quien, rehaciéndose velozmente, le golpeó en la cabeza con el cañón del arma. Elwo vaciló, sintiendo que le huía el conocimiento.

No obstante, pudo escuchar vagamente la voz de la muchacha que hablaba con el criminal.

—No podrá escapar —decía Abisag—. La Cronopolicía está advertida y se presentará aquí dentro de unos minutos.

De rodillas en el suelo, sintiéndose impotente para moverse, Elwo pudo oír el rugido de rabia que emitía el asesino al ver frustrados sus planes en el último momento.

—He estado escuchando su conversación —decía Abisag de modo implacable—. Y lo que es más; en la Estación del Tiempo también la han oído. No tiene usted escapatoria, de modo que aunque nos mate a los dos, los agentes de la Cronopolicía acabarán por atraparle.

—¡Maldita! —bramó el asesino—. Eso es lo que tú te crees... Pero no lo conseguirán. Antes...

De repente dio un salto y golpeó con la pistola el antebrazo de la muchacha, desarmándola.

La cronopistola de Elwo cayó al suelo, en tanto Abisag emitía un grito de dolor.

El asesino la empujó brutalmente a un lado, sin la menor consideración. Luego salió de la habitación.

Elwo consiguió ponerse en pie. Recogió la cronopistola, pero todavía se sentía muy débil.

—Ese hombre... —exclamó—. Va a huir...

—Déjale —rogó ella—. Tú me importas más, cariño.

Elwo exclamó:

—No podemos dejarle escapar. Provocará un cronoclismo...

Y salió del cuartito.

Desde la puerta vio el sótano abierto. El cronomóvil había desaparecido ya.

—Se ha evadido al pasado —exclamó, rabioso—. Está a punto de

terminar la máquina del tiempo de Conestry y si lo logra, todos nuestros esfuerzos habrán resultado estériles.

Tambaleándose a veces, se dirigió hacia el fonovisor. Llamó a la Estación del Tiempo.

—El asesino ha huido al pasado. Conecten un cronovisor con esta pantalla y traten de localizar su viaje.

Se volvió hacia la muchacha.

—Ya no podrá regresar a esta era. Aunque no quiera, tendrá que quedarse allí.

Sonó un grito en el altavoz del fonovisor.

—¡El asesino se encamina al mes de septiembre de 1987!

Elwo respingó.

—¿Han tomado ustedes las coordenadas de espacio?

—Sí, señor. Nuestros detectores le señalan en camino directamente al laboratorio del doctor Conestry.

Los cabellos del joven se erizaron.

—¡Ese hombre está loco! —gritó—. Páseme el cronovisor, pronto. —Se volvió hacia la muchacha—. Tendremos que avisarle que va recto a la catástrofe.

Miró de nuevo la pantalla. Se veía en ella al criminal sentado ante los mandos del cronomóvil, envuelto en una especie de niebla difusa que era el tiempo a través del cual estaba viajando.

—Todavía no se ha inventado un medio para comunicar con un cronomóvil en marcha —murmuró, rabioso. Levantó la voz—. Establezcan la comunicación para cuando nuestro hombre detenga el vehículo.

—Sí, señor. Está ya llegando, señor.

Los ojos del joven se clavaron en la pantalla. Vio sonreír al asesino, lo cual le indicó que ya se consideraba a salvo.

La niebla se esfumó súbitamente, siendo sustituida por el laboratorio del doctor Conestry. Inmediatamente, Elwo lanzó una exclamación de espanto.

Conestry se hallaba sentado ante los mandos de un aparato muy parecido al que usaba el asesino. Sus ojos se dilataron de asombro al ver surgir a un metro de distancia un artefacto completamente desconocido para él, en el que viajaba una persona a quien harto conocía.

El doctor abrió la boca para hablar. El asesino levantó la mano

en ademán de saludo. Pero ninguno de los dos terminó su gesto.

Una feroz llamarada los envolvió, haciéndolos desaparecer en su ígneo resplandor.

—Paso la imagen al exterior —dijo la voz monótona del cronoobservador.

La ráfaga de fuego fue sustituida por la imagen de la casa de Conestry, un segundo antes de que surgiese de ella un volcán de fuego que lo arrasó todo. Los muros se desplomaron y el tejado voló por los aires. Cuando todo concluyó, sólo quedaron unas ruinas humeantes entre las cuales no era posible ver nada.

—La historia dice que Conestry murió en septiembre de 1987 como consecuencia de una misteriosa explosión que destruyó por completo su laboratorio —dijo Elwo—. La policía de entonces no pudo aclarar el misterio, pero ahora ya conocemos nosotros las causas. El choque de los dos tiempos al encontrarse los dos cronomóviles -el del doctor a punto ya de funcionar y el del asesino en funcionamiento- fue lo que provocó el estallido.

—¿Quién era?

—Un resentido, un fracasado... que en realidad no lo era tanto, puesto que era ministro de Orden. Un buen puesto para un hombre con ambiciones normales... pero no para Laudeau. La conversación del día del consejo, que fue grabada, me hizo sospechar ya, pero, naturalmente, no podía arriesgarme a lanzar una acusación semejante. Después, cuando supe su auténtica notación molecular, las sospechas se convirtieron casi en certidumbre, que ahora acaba de confirmarse.

—¿No... no podría haberse tratado de Forgan? —exclamó ella, turbada.

—Las pruebas son demasiado concluyentes. Lo siento, nena —dijo tomándola de la mano—. Debes considerar a tu hermano como definitivamente muerto.

Ella asintió en silencio.

—¿Por qué se metió en todo esto? —inquirió.

—Era muy estudioso, al parecer, y descubrió, por casualidad, los trabajos de Conestry. Entonces decidió intervenir... pero era muy amigo de Laudeau y se lo confesó. Esto fue lo que le perdió, porque entonces aquél concibió la idea de acelerar la construcción del primer cronomóvil. Naturalmente, estaban en desacuerdo, y

Laudeau no podía tolerar tal estado de cosas.

—Claro —murmuró ella.

Elwo lanzó un suspiro,

—Bien, el caso ha concluido, Vámonos. Estamos en pleno siglo XXIX… pero aun así hay que seguir una serie de trámites burocráticos como no se hacían en 1987.

Abisag sonrió.

—Supongo que esos trámites no te ocuparán el resto de la semana que te di de plazo, ¿verdad?

Elwo la miró, sonriendo también.

—Puedo aplazarlos hasta después de nuestra luna de miel, nena.

—De acuerdo —contestó ella—. Pero me quedan todavía tres días. En ese tiempo, pueden prepararme el traje blanco y…

—Yo no me ocuparía mucho de tales minucias. Corres grave riesgo de que empiece a pensármelo y se pase el plazo de la licencia.

Ella le cogió por la mano.

—¡Ah, eso sí que no! —exclamó, tirando con fuerza del joven—. Elwo Cranall, ¡a la iglesia ahora mismo!

El joven rió complacido y se dejó llevar.

F I N

[1] «El Cantar de los Cantares» - IV. 3 y 4 (N del A)